



The Library
of the
University of North Carolina



Endowed by the Dialectic and Philanthropic Societies

PQ6217

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL



ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ6217
.T44
vol. 22
no. 1-8

SF

B40



a 00002 33925 9



Faint handwritten notes and markings, including a checkmark.

E
on

|

9752

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

POEMA DRAMÁTICO POPULAR EN TRES
ACTOS Y EN PROSA. EL TERCER
ACTO DIVIDIDO EN DOS CUADROS.

PRIMERA EDICIÓN



MADRID

1929

2

R O N D A L L A

Esta obra es propiedad de sus autores.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Copyright. 1929, by S. y J. Álvarez Quintero.

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

RONDALLA

POEMA DRAMÁTICO POPULAR EN TRES
ACTOS Y EN PROSA. EL TERCER
ACTO DIVIDIDO EN DOS CUADROS.

Estrenado en el TEATRO PRINCIPAL, de Zaragoza,
el 14 de diciembre de 1928.

PRIMERA EDICIÓN



MADRID

1929

MADRID.-IMPRESA CLÁSICA ESPAÑOLA
GLORIETA DE LA IGLESIA. TELÉF. 30.501

A Z A R A G O Z A ,
*la grande, la heroica, la invicta
y noble capital de Aragón, que
nos ha honrado llamándonos
sus hijos.*

*Con cariño nacido en la ju-
ventud y ensanchado y forta-
lecido en estos días,*

LOS AUTORES

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

LEONOR.....	MARÍA GUERRERO.
PILARÍN.....	CARMEN LARRABEITI.
SERAPIA.....	ROSARIO PINO.
SIÑA FELICIANA.....	MATILDE RODRÍGUEZ.
SIÑA VICENTA.....	MARÍA VALENTÍN.
ANACLETA.....	JOSEFINA TABOADA.
PETRICA.....	FRANCISCA ALCÁNTARA.
AGUSTÍN.....	F. DÍAZ DE MENDOZA Y GUERRERO.
MOSÉN AQUILINO.....	EMILIO THUILLIER.
ROSENDO, EL JOTERO..	EMILIO MESEJO.
EL TÍO CABEZO.....	FERNANDO DÍAZ DE MENDOZA.
ZEQUIELICO.....	C. DÍAZ DE MENDOZA Y GUERRERO.
GUIRLACHE.....	JOSÉ CAPILLA.

Mozos de la ronda.

R O N D A L L A

ACTO PRIMERO

Plazuela en Canales, pueblo imaginario de Aragón. Al foro, la casa de Leonor, hija de labradores. Balcón sobre la puerta. Al pie de ésta un poyete. Junto al balcón, una ventana. En el muro, hacia la derecha del actor, un retablillo con una imagen de la Virgen venerada en el pueblo.
Es por la mañana, en los comienzos del verano.

Simultáneamente, e impulsados por un anhelo mismo, salen Agustín y Leonor, él, por la izquierda; ella, a la ventana de su casa. Viven las envidiables horas de un gran amor naciente.

AGUSTÍN. ¡Leonor!

LEONOR. ¡Agustín!

AGUSTÍN. ¡Buena corazonada he tenido!

LEONOR. ¡La misma que'ó!

AGUSTÍN. Yo me dije: al que madruga, Dios le ayuda. Pasa por su puerta, Agustín, a ver si por casualidad sale a la ventana.

LEONOR. Y'ó pensé: me voy a asomar a la ventana, que a lo mejor pasa Agustín y lo veo.

AGUSTÍN. ¡Acertamos los dos!

LEONOR. ¡Tú discurre con mi cabeza y'ó con la tuya!

AGUSTÍN. ¡Yo siento con tu corazón y tú con el mío! Guapa estás de mañana.

LEONOR. Pa tus ojos, siempre que me ves es la misma hora.

AGUSTÍN. A la *tardada* volveré a decítele.

LEONOR. Pus a la noche llégate por el corral, que con desimulo tengo que alvertite una cosa.

AGUSTÍN. Alviértemela ahura, que estamos solos.

LEONOR. Eso te paice. Cien ojos nos están mirando y cien oídos nos ascuchan.

AGUSTÍN. Entonces déjalo pa luego.

LEONOR. *Bajando la voz.* Acércate, que te hable abonico.

AGUSTÍN. *Obedeciéndola.* ¿Qué sucede?

LEONOR. Por el pronto sólo te diré que en la sala está el señor cura hablando en riserva con mis padres.

AGUSTÍN. ¿En riserva?

LEONOR. Pero no tanto que a mi se me haya ido por alto. Cuando se quiere como te quiero yo, hasta en el silencio se oyen voces si alguien trebaja contra una.

AGUSTÍN. ¿Contra nosotros viene Mosén Aquilino?

LEONOR. Contra nosotros.

AGUSTÍN. Y ¿qué mal le himos hecho con querernos al señor cura? ¿Si él nos ha de casar!

LEONOR. A la cuenta él no viene de por sí, que viene mandau.

AGUSTÍN. Bastante me has dicho. Ya sé'o de dónde sopla el aire.

LEONOR. Este querer nuestro ha levantao humareda.

AGUSTÍN. Pus ¡antes dejará el sol de alumbrar la tierra que'o de quererte!

LEONOR. Y ¡antes dejará la luna de tomar luz del sol que'o de ser tuya! Hasta luego.

AGUSTÍN. Hasta luego. *Ella se retira rápidamente.*

Él, con explosión de cariño, exclama al tiempo de marcharse.

¡ Si me muero, que me entierren
a la puerta de su casa,
porque yo sienta sus pasos
cuando venga o cuando vaya!

Desaparece por la derecha. Se cruzan con él, que no los ve de puro abstraído, Rosendo el jotero, viejo baturro, inventor de coplas y saco de experiencias, y Zequiuelico, mocete socarrón, tímido y receloso.

ZEQUIUELICO. ¿ Ha reparao usted?

ROSENDO. ¡ Lo mesmo que tú!

ZEQUIUELICO. Se fe gurará que no l'himos visto, y bien que l'himos visto.

ROSENDO. ¡ Bastante le importa a él que lo vean u no! ¡ Con su querer tiene de sobra!

ZEQUIUELICO. ¡ Miusté, miusté: va echando coplas solo! ¡ Paice que ha perdido la cabeza!

ROSENDO. To el que se enamora la pierde. Y esta pareja, por las trazas, va a quitále fama a la de Teruel.

ZEQUIUELICO. Él lleva ya camino: en los güesos se está quedando.

ROSENDO. El querer con esa calentura a denguno engorda, mocete.

ZEQUIUELICO. A mi me gustaría ver a estos dos de momias, como a los de Teruel.

ROSENDO. Y ¿ a qué ese gusto, Zequiuelico?

ZEQUIUELICO. Pa ver si adivinaba'o por los güesos cuál era el uno y cuál el otro.

ROSENDO. ¡ Vaya una adivinanza! ¡ Ahura se les distingue muy bien! ¿ No te basta mirálos?

ZEQUIUELICO. Mal nigocio el de esos amores.

ROSENDO. Mal nigocio. Desputas y enconos de los padres, siempre los pagan los enamoraus.

ZEQUIELICO. Los que no tienen culpa denguna. El dimoño es enamorarse.

ROSENDO. No digas herejías, mocete. ¡El dimoño es no poderse'a enamorar! ¡Quién tuviera tus años, pa envitar el dimoño tos los días a dos tragos de vino! ¡La delicia del mundo! No se discurrirá otra, no.

ZEQUIELICO. Pero trae desgustos, Rosendo.

ROSENDO. Y ¿qué cosa en esta vida no los trae? ¡Ay, Zequelico! Di tú que lo más malo es llegar a viejo.

ZEQUIELICO. Es mucho más malo no llegar.

ROSENDO. ¡Qué sé'o, qué sé'o! Vamos a dejálo. Quédate con Dios, que sabes más que un ratón de bodega.

ZEQUIELICO. ¿Adónde va usté tan de supíto?

ROSENDO. Ya te lo he dicho, hombre: voy a casa del señor cura.

ZEQUIELICO. ¿De mosén Aquilino?

ROSENDO. Justamente.

ZEQUIELICO. ¿A lo de la fiesta, por un si es caso?

ROSENDO. Si lo sabes, ¿a qué me lo preguntas, camastrón?

ZEQUIELICO. Por si me habían equivocau los informes.

ROSENDO. Paice ser que el señor alcalde se cierra en no dar premiso a los mozos pa rondar este año.

ZEQUIELICO. Los estrapalucios del año pasau tienen la culpa. No quedó cabeza sin golpe. Y salieron a relucir trabucos y navajas, que jué lo más pior.

ROSENDO. ¡Es que si le quitas al rondar esos alicientes...! Y resulta que como a mi me llaman Rosendo el jotero, quién colgarne ahura toas las coplas piconas que hicieron sangre. ¡Y toas no jueron mías!

ZEQUIELICO. Las más dañinas si que lo jueron.

ROSENDO. Unas, sí... y otras, sí; pero todas, no.

ZEQUIELICO. Aquella que ponía como los trapos al boticario no va usté a negála.

ROSENDO. Ni hay por qué. Yo no hice más que repetir en ella lo que a una voz icía to el pueblo.

ZEQUIELICO. ; Pus anda, que la del médico!...

ROSENDO. De esa no me ricuerdo. ; Cómo era?

ZEQUIELICO. ; No se ricuerda usté? ; Y me ha llamau a mi camastrón! ; Güeno, güeno! A ver si era así:

Si necesitas médico,
no acudas a Don Andrés,
porque de tres enfermicos
se le mueren otros tres.

; Es de usté o es mía?

ROSENDO. Hombre, cuando se le gasta una groma al boticario, hay que gastále otra al médico, pa que no se incomode. Son oficios muy al consonante.

ZEQUIELICO. Ya podía usté sacarme a mí una.

ROSENDO. ; A tí?

ZEQUIELICO. Pa una moceta.

ROSENDO. ; La festejas tú?

ZEQUIELICO. Por si llegara el caso.

ROSENDO. ; Quién es?

ZEQUIELICO. *Mirándolo con algún recelo.* Aún no es coşa segura.

ROSENDO. ; Cómo se llama?

ZEQUIELICO. ; Iba usté a saber tanto como yo!

ROSENDO. Pero el nombre pudiera darme la ideíca.
; Cómo se llama?

ZEQUIELICO. No me conviene publicálo.

ROSENDO. Pus dime siquiá dónde vive.

ZEQUIELICO. Se ha mudau, como dijo aquel.

ROSENDO. Pero ; vive en el pueblo?

ZEQUIELICO. Cuando no está juera, si, señor.

ROSENDO. Estás tú como el que no quiere icir una palabra. ¿La conozco yo?

ZEQUIELICO. Se lo preguntaré en cuanto la vea.

ROSENDO. ¿Es bonita?

ZEQUIELICO. A mi me lo risulta.

ROSENDO. Sí lo será, sí. Por aquello que se ice que el pior tocino se come la mejor bellota.

ZEQUIELICO. ¡U se la quíe comer!

ROSENDO. ¡Pero, con esos promenores que me das, no hay Zorrilla que te saque la copla! Sin madera ¿cómo he de hacer cucharas? Dame a lo menos las señas presonales, hombre.

ZEQUIELICO. ¿Las señas presonales de quién?

ROSENDO. De tu novia, borrico. ¿Cómo le voy a sacar la copla si no?

ZEQUIELICO. *Vacilando un momento.* Compromete mucho dar que icir. No, señor, no. Vamos por sus pasos. Ni es mi novia ni tiene señas presonales.

ROSENDO. Pero ¿vas a desconfiar de un viejo?

ZEQUIELICO. ¡Tiene usted un sobrino!

ROSENDO. ¡Lo que es así!... ¿En dónde me apoyo para hacer la copla?

ZEQUIELICO. Hombre, llámela usted lucero, estrella, clavelina, ramo de albahaca... U en otro estilo, jarrica de leche, güevo pasau por agua... U si no, jamón en dulce, rosquilla, guirlache, almendruca...

ROSENDO. Pero, güeno, ¿tú quieres una copla o un osequio pa el día del santo? Porque siendo así, te conviene el confitero más que'o.

ZEQUIELICO. De más sabe usted lo que'o quiero.

ROSENDO. Pus no pregunto más. A ver si con lo poco que me has declarau y algo que'a barrunto, te vale esta que se me ocurre ahura.

ZEQUIELICO. Vamos a ver.

ROSENDO.

No te diré quien yo soy,
 porque vengo de inconíto;
 ni te digo que soy tonto
 porque no lo necesito.

¿Está bien?

ZEQUIELICO. No está mal. Pero risérvela usted pa su sobrino; que a mí no me encaja.

ROSENDO. ¡Como que a tí lo que te encajaba era que'o te hubiera dau cuatro coscorrones en el tozuelo hasta sacarte chispas! ¡Miá qui es pritensión! ¡Pedirme una copla y no icirme pa quién es! ¡En los años de jotero que llevo no me ha pasau na parecido! ¡Adiós, hombre, adiós; y haticuenta que no te ahorcarán por endiscreto! *Vase por la izquierda.*

ZEQUIELICO. ¡Vaya usted con Él! ¡Y güen principio e fiesta!... Se ha picau. Pus en un pelo estuvo que se lo declarara; pero me arripentí en seguida. Es muy peligroso. *Mirando de pronto hacia la izquierda.* ¡Pañales! ¡Allí viene ella! ¿Es casolidá? ¡Me paice mucha casolidá! ¿Me habrá acechau? Pus yo, ni la aguardaba, ni la hi visto venir. Estoy aquí liando un cigarrico. *Siéntase en el poyete a ello. Canturrea como distraído.*

*Estaba la Virgen Mária
 debajo de unos árboles,
 comiéndose unos pampános
 con los santos apostóles. (*)*

(*) Este cantar y los demás que van en letra bastardilla, son populares.

Sale Pilarín, linda moceta, prendada a su vez de Zequiuelico, pero también muy reservada y maliciosa. Trae un cantarillo a la cintura, que deja al llegar en el suelo. A poco se sienta sobre él, haciéndose, como su galán, la desentendida.

PILARÍN. (¡Estás aviauí si aguardas que'o te mire primero que tú!) ¡Lo que pesa el cantáro, madre! Vamos a descansar un poquico. Cada día me paice que se han llevau más lejos la fuente.

ZEQUIUELICO. (¡Yo estoy distraído con las volteretas del humo!)

PILARÍN. *Canturreando también para sí.*

*El salero de la sal
lo ponen en una mesa;
el que quiere coger, coge,
y el que no quiere, lo deja.*

ZEQUIUELICO.

*Carretera real arriba,
carretera real abajo,
lo primero que se alcuentra,
los palos del telegráfo.*

PILARÍN. *Como sacudiéndose las moscas. ¡Qué moscas más pesadas! ¡No paran de zumbar a la oreja de una! Como ha sido invierno de mucho llover, el verano va a ser de miseria. ¡Uf! ¡Qué peste!*

Vienen por la derecha, también con cántaros, Petrica y Anacleta, mozas de buen ver, como Pilarín, que van hacia la fuente. En seguida reparan en la pareja y se dirigen al galán.

PETRICA. ¡Hola, Zequiuelico! ¿Qué haces aquí?

ZEQUIUELICO. ¡Hola, mocetas!

ANACLETA. Dios te guarde, hombre.

ZEQUIUELICO. ¿Qué es eso? ¿Vais por agua?

PETRICA. Por agua... y por lo que se tope en el camino.

ANACLETA. Pero, escucha, ¿estáis peleaus?

ZEQUIELICO. ¿Cómo?

ANACLETA. Que si estáis peleaus.

ZEQUIELICO. ¿Quién?

ANACLETA. Pilarín y tú.

ZEQUIELICO. ¿Pilarín y'o? ¿De dónde sacas eso?

PETRICA. ¿De dónde ha de sacálo? ¡Hay más que mirarte y mirála?

ANACLETA. ¡Pus claro, hombre!

ZEQUIELICO. Pero ¿es aquella Pilarín?

PETRICA. ¡Güeno, güeno! Este se hace el desimulau.

ANACLETA. Y se le trasmudâ la color. ¡Güeno, güeno!

PETRICA. ¡A mi no me gusta estorbar!

ANACLETA. ¡Ni a mi tampoco! Vamos a dejálos en la soledad, que es lo que querrían.

PETRICA. Pilarín, no güelvas la cara, que te vas a alcontrar a la espalda con quien tú sabes. ¡Ja, ja, ja!

ANACLETA. Y ¡vaya si lo sabes! ¡Ja, ja, ja!

PILARÍN. ¿Eh? ¿Qué?

Anacleta y Petrica se alejan por la izquierda riéndose.

ZEQUIELICO. ¡Pilarín!

PILARÍN. ¡Zequienco!

ZEQUIELICO. No te había visto, maña.

PILARÍN. Ni'o a tí tampoco.

ZEQUIELICO. Me había sentau aquí a echar un cigarrico...

PILARÍN. Y'o a descansar del peso del cantáro. ¿Qué me decían esas?

ZEQUIELICO. No he prestau atención.

PILARÍN. Más refitoleras no las hay.

ZEQUIELICO. ¿Has estau en la fuente ya?

PILARÍN. De ella vengo.

ZEQUIELICO. ¿Vas na más por el agua?

PILARÍN. No sé'o que en la fuente den bizcochos de Calatayud.

ZEQUIELICO. Bizcochos no dan, pero hay alcuentros que pudieran ser dulces.

PILARÍN. U amargos.

ZEQUIELICO. Eso, sí. Pero, vamos, que si te alcontraras con Marianín, el azutero de la acequia de la huerta vieja...

PILARÍN. ¡Pus le diría adiós si me saludaba!...

ZEQUIELICO. ¿Na más que adiós?

PILARÍN. Eso que lo averigüe a quien le importe.

ZEQUIELICO. Tamién es verdá.

PILARÍN. Desimula que te pregunte: ¿asperabas por un si es caso a Leonor, plantau a su puerta?

ZEQUIELICO. No asperaba a nadie. Te hi dicho ya que echaba un cigarrico.

PILARÍN. Podía ser que picaras al presente tan alto.

ZEQUIELICO. Ni alto ni bajo: no pico por ahura.

PILARÍN. ¿No picas, eh?

ZEQUIELICO. No pico.

PILARÍN. Es lo más cómodo.

ZEQUIELICO. No trae priocupaciones.

PILARÍN. Y ¿no vas a rondar esta fiesta?

ZEQUIELICO. Lo ha prohibido el alcalde.

PILARÍN. Icen que le va a hablar mosén Aquilino pa que lo autorice.

ZEQUIELICO. ¡Qué sé'o, qué sé'o!

PILARÍN. Menos me importa a mí que a tú.

ZEQUIELICO. Pus que sea enhoragüena.

PILARÍN. Paice ser que van a acudir muchos forasteros.

ZEQUIELICO. ¡Y muchas forasteras tamién!

PILARÍN. ¡Tamién! Como que viene una con la

que se mermura que tu madre busca un ajuste de boda pa tú.

ZEQUIELICO. ¿Por dónde lo has sabido tan pronto?

PILARÍN. ¡Por los hilos del telegráfo!

ZEQUIELICO. ¿Te ríes?

PILARÍN. No es caso de llorar.

Inopinadamente llega por la derecha la Señá Feliciána, madre de Pilarín.

SIÑÁ FELICIANA. Pero ¿qué es esto? ¿De pali-que aquí en la plazuela con este gurrión? ¿Es este tu ir y venir a la fuente?

ZEQUIELICO. ¡No, señora!

PILARÍN. Yo le diré a usted, madre...

SIÑÁ FELICIANA. A mí no tienes nada que icime: me bastan los ojos. Anda pa casa ya, que me has salido masiau festejadera, y esto va a terminarse. Cuando te llegue el punto de un cortejo, has de consultálo primeramente conmigo, ¿lo oyes?

PILARÍN. Pero si...

SIÑÁ FELICIANA. ¡Ni pero sí ni palabra denguna! ¡En casa lo que hace falta es un hombre y no un alfeñique! ¡Brazos pa el trebajo, y no manos pa tañer la vigüela, que es to lo que sabe este esmirriau!

Por la izquierda aparece oportunamente la Señá Vicenta, madre de Zequelico.

SIÑÁ VICENTA. ¡Oiga usted, señá Feliciána! ¡Que la estoy ascuchando a usted! ¡Menos disprecios!

ZEQUIELICO. ¡Madre!

SIÑÁ VICENTA. ¡Tú te callas ahura!

SIÑÁ FELICIANA. ¿Me estaba usted ascuchando, verdá? ¡Pus miusté una cosa que no siento!

SIÑÁ VICENTA. ¡Es que si mi hijo le paice a usted de alfeñique, a mi su hija de usted me paice una pelufica de caña! ¡Madre de Dios! ¡No pué con el cantáro! ¡De su casa a la fuente necesita sentarse qué sé'o las

veces en el camino! ; Escoba una habitación y se cansa! ; Es esto una mujer o es una moñaquica? Ponga usted que Dios le mande un hijo, u dos u tres, que tenga que criálos...

ZEQUIELICO. *Asustado, sin poder contenerse.* ; Qué de prisa va esto!...

SIÑÁ VICENTA. ; Y me se queda viudo el mozo a las primeras!

SIÑÁ FELICIANA. ; Pus, oiga usted; por lo mesmo que ella es una cosica tan delicada, yo hi de buscále un hombre cabal, lo que se ice un hombre, no una lombriz de caño sucio! ; No hi de autorizar en mis días que se junte un par de miserias! ; De modo y manera que no se cuide usted de ir buscando aponderador, porque no ha de haber boda!

SIÑÁ VICENTA. ; Ni'o he pensau en buscar aponderador, ni menos he pensau en boda, ni le hi aconsejau tanto así sobre que mire u deje de mirar a su hija de usted; poniendo por escomenzar que a él le guste!...

ZEQUIELICO. ; A mí no me gusta!

PILARÍN. ; Eh?

ZEQUIELICO. Quiero icir que'o no hi hablaó una palabra; ni que sí ni que no. Lo que'o piense de ella, está en mis adentros. Yo estaba aquí sentau...

SEÑÁ VICENTA. ; Pus no son horas de estar sentau en parte denguna! Vete a casa, que te aspera tu hermano.

ZEQUIELICO. Sí, señora, sí.

SIÑÁ FELICIANA. Y tú tamién. Y derechica y sin más razones, que el agua de la fuente se calienta con las pláticas de los mozos. Y a mí me agrada fresca.

PILARÍN. Sí, señora, sí.

ZEQUIELICO. *Yéndose por la izquierda.* (¡ Las ganas que me se pasan de golver la cabeza pa mirála! ; Pero no la güelvo!)

PILARÍN. *Yéndose por el lado opuesto.* ¡Pilarín, Pilarín, con dos desputas como la presente, el camino se alcorta!

Pausa. Las dos viejas los miran irse, con gesto duro. Luego, ya solas, vienen la una a la otra muy satisfechas y esponjadas.

SIÑÁ FELICIANA. ; Así, así, siñá Vicenta!

SIÑÁ VICENTA. ; Ni más ni menos! ; No hay otro andar con estos parvulicos!

SIÑÁ FELICIANA. ; Hay que encendélos y encadilálos, que son los dos muy corticos de genio!

SIÑÁ VICENTA. ; Y muy riservaus!

SIÑÁ FELICIANA. ; Masíau riservaus, sí, siñora!

SIÑÁ VICENTA. ; Pero se gustan!

SIÑÁ FELICIANA. ; Vaya si se gustan!

SIÑÁ VICENTA. ; No hay más que hacer: lleváles la contraria!

SIÑÁ FELICIANA. ; Y dispreciálos a cada instante!

SIÑÁ VICENTA. ; Eso es: que la enjosticia rigüelve como nada!

SIÑÁ FELICIANA. Y así que se casen y vivan felices, ; que mermuren y hablen mal de las suegras!

SIÑÁ VICENTA. Lo que es eso sí que no lo empide usted aunque se ponga en un altar.

SIÑÁ FELICIANA. Es una contrebución que pagamos todas.

SIÑÁ VICENTA. Por aquello que canta la coplica:

*¿Cómo ha de ser una madre
igual cuando llega a suegra,
sabiendo que pierde un hijo
y otra mujer se lo alcuenta?*

SIÑÁ FELICIANA. *Mirando a la casa de Leonor.* Ahí sale ya mosén Aquilino.

SIÑÁ VICENTA. Es verdá: ya sale.

SIÑÁ FELICIANA. Y viene con la moza.

SIÑÁ VICENTA. ¿Lo vió usted entrar? Entró bien trempanico.

SIÑÁ FELICIANA. Lo vi salir de la Parroquia de icir su misa; lo vi hablar con el tío Cabezo a la regüelta de la alpargatería; y últimamente lo vi entrar aquí.

SIÑÁ VICENTA. Pus vámonos ahura, no digan que curioseamos.

SIÑÁ FELICIANA. Tiene usted razón; que no nos llamen alparceras.

SIÑÁ VICENTA. Y lo dicho de nuestro nigocio.

SIÑÁ FELICIANA. Lo dicho.

SIÑÁ VICENTA. Siempre que se pueda, un rome-rico al fuego.

SIÑÁ FELICIANA. ¡Y malo será si pa la otoñada no están casaus!

SIÑÁ VICENTA. ¡Amén!

Se marcha cada una por donde llegó.

De la casa de Leonor sale con ésta mosén Aquilino. Es alto, fornido, de grandes cejas y ojos llameantes. Más parece guerrillero que cura.

LEONOR. ¿Es así que se cierra usted en no icime sobre qué ha sido la conversación?

MOSÉN AQUILINO. Negocios de tus padres y míos.

LEONOR. ¿De los tres?

MOSÉN AQUILINO. De los tres.

LEONOR. Y ¿cómo siendo de los tres a mí no me tocan?

MOSÉN AQUILINO. ¿Por qué habían de tocarle.

criatura? ¿Es que entre tus padres y'o no puede haber cosa ajena a tu persona?

LEONOR. Es que'o me feguero que esta de hoy no lo es.

MOSÉN AQUILINO. Y aun suponiendo que acertaras, ¿por qué teníanos que darte a tí cuentas?

LEONOR. Porque si es algo en que entro yo, mi paicer o mi voluntá deben consultarse.

MOSÉN AQUILINO. Los padres y las personas mayores sabemos mejor lo que conviene que no la mocedad.

LEONOR. Sigún, señor cura, sigún.

MOSÉN AQUILINO. ¿Según, dice!...

LEONOR. No, señor; yo no hi dicho según.

MOSÉN AQUILINO. Pues ¿qué has dicho?

LEONOR. Sigún.

MOSÉN AQUILINO. Sí; pero se dice según.

LEONOR. Se dirá; pero hi dicho sigún.

MOSÉN AQUILINO. ¡Ah, vamos! No se puede uno escurrir en un pelo contigo. Eres la justicia en persona.

LEONOR. *Fija en su pensamiento.* ¿Sigún... y tan sigún! Las presonas mayores a lo pior se olvidan...

MOSÉN AQUILINO. ¿Se olvidan...?

LEONOR. ¡Y tanto!... Pa que usté se convenza, risuélvase a contarme la conversación que han tenido mis padres y usté, y verá cómo yo les prebo que van descaminaus.

MOSÉN AQUILINO. ¡Qué empeño, moceta! ¡Qué empeño el tuyo!

LEONOR. Ande, señor cura, cuéntemelo aunque sea en riserva: yo sabré guardála.

MOSÉN AQUILINO. ¡En el nombre del Padre! Todas las mañanas le pido a Dios que me ponga delante una mujer que no sea curiosa, y nunca me hace caso.

LEONOR. Pus ya ve usté; yo, a esta Virgen que está aquí, cuanto le pido me lo atorga.

MOSÉN AQUILINO. Me alegro de saberlo. Ya le diré que te sople luego unas palabras al oído.

LEONOR. Vaya, señor cura, si usté no acaba de icirme lo que ha hablau con mis padres, se lo diré'o.

MOSÉN AQUILINO. ¿Tú?

LEONOR. Yo.

MOSÉN AQUILINO. Eres tozuda.

LEONOR. Unas miajas.

MOSÉN AQUILINO. ¿Has estado escuchando, quiza?

LEONOR. No ha sido menester. Dende que entró usté esta mañana por la puerta barruntó mi corazón a lo que venía.

MOSÉN AQUILINO. ¿Barruntar es, moceta!

LEONOR. ¿Le paice a usté mucho barruntar? Mosén Aquilino, que usté sabe del mundo mas que'o pa venirme con esas. Que antes de ser cura fué mozo, y soldau, y jotero, y rondador, y qué sé'o qué...

MOSÉN AQUILINO. ¿Bueno, bueno!... ¿Eso es agua pasada, Leonor! Yo al presente no soy más que quien soy. Lo demás no es de tu incumbencia ni de la de nadie. A Dios le daré cuenta en su día. ¿Medrados estaríamos!... ¿Leonora confesando a Mosén Aquilino! ¿El mundo al revés!

LEONOR. Pus el mundo al revés no hay más que dos cosas que lo pongan.

MOSÉN AQUILINO. Tú dirás.

LEONOR. El querer de un mozo y una moza, y los dineros. ¿Se rasca usté una oreja?

MOSÉN AQUILINO. ¿Si me pica!... ¿Has de rascarme tú?

LEONOR. En las orejas, no: en la frente es donde'o le rascaría de buena gana, pa dar con lo que esconde.

MOSÉN AQUILINO. ¿No habíamos quedado en que lo barruntabas?

LEONOR. Barrunto a lo que usted ha venido; pero no me atrevo a barruntar lo que piensa del caso. ¡Me da miedo, Mosén Aquilino!

MOSÉN AQUILINO. ¿Te da miedo? ¿Por tí o por mí?

LEONOR. ¡Si'a no es que siente usted una cosa y aconseja otra!

MOSÉN AQUILINO. ¡Ave María Purísima! ¿A que me voy a condenar esta mañana? Vaya, vaya, se acabó la conversación.

LEONOR. No, señor cura. No se vaya usted dejándome en este desconcierto. Miusté que tengo en el pecho una esazón que como no me la quite no respiro. ¿Ha venido usted por desgracia a concertar que Agustín y'o dejemos de querernos? ¿Ha venido usted...?

MOSÉN AQUILINO. Bien está, Leonorica, bien está lo que hasta aquí has hablado, pero de aquí no has de pasar. No tengo yo los años que tengo ni visto estos hábitos para dejarme sonsacar por una moceta que ahora empieza a vivir. ¿Has entendido?

LEONOR. Bien dicho, señor cura: ahura empiezo a vivir, porque empiezo a querer. Y'o no pasaré de lo que ya he hablau, toda vez que usted me lo impide; pero alcuérdese bien de esto que le digo: si usted pretende, por obediencia al tío Cabezo y a mis padres, que Agustín y'o no vayamos adelante en nuestros amores, va usted a perder su tiempo.

MOSÉN AQUILINO. Yo no pierdo mi tiempo más que deteniéndome, por complacencia, con las muñecas como tú, con la cabeza llena de pajaricos.

LEONOR. Pus pa que no sea el rato perdido enteramente, ricuerde usted las enseñanzas de todas esas coplas y esos refranes que junta usted pa un libro, y aproveche bien la lición.

MOSÉN AQUILINO. Aprovéchala tú, que más necesitada estás de ella.

LEONOR. Ya la aprovecho, ya. Justamente usted mismo me ha ponderau qué sé'o las veces, que los refranes más recios de Aragón pregonan josticia, y las jotas más recias tamién, pregonan firmeza.

MOSÉN AQUILINO. La firmeza es muy grande virtud para poder aplicarla a unos amores recién nacidos, moceta. ; Firmeza ! ; Firmeza en unas candorosas palabras de quince días!... ; Firmeza en una matica que aún no se levanta del suelo y que el menor soplo la abate!

LEONOR. ; Ahonde usted tierra abajo, a ver adónde llegan las raíces! A lo mejor tienen más fuerza estos quince días de cariño, que los cuarenta años de odio del tío Cabezo y de mis padres. ; Ahonde usted, mosén Aquilino, ahonde usted!

MOSÉN AQUILINO. No quiero escuchar más disparates, Leonorica. Tengamos ahora la fiesta en paz. Quédate con Dios, haz a la noche un buen examen de conciencia, y ve mañana a hablar conmigo donde'o pueda oírte y responderte mejor que aquí.

LEONOR. Usted desimule, señor cura, si en algo le hi faltau.

MOSÉN AQUILINO. Llevo disimulando diez minutos. Y no es el disimulo mi cuerda. Hasta mañana.

LEONOR. Hasta mañana.

MOSÉN AQUILINO. *Yéndose por la izquierda murmura entre sí.* (Mal cariz toma esto. El amor es rey, y manda sin ley.)

LEONOR. Se marcha... porque no ha sabido qué contestarme. *Va a entrarse en su casa cuando la detiene la voz de Agustín, que llega desalado por la derecha.*

AGUSTÍN. ; Leonor!

LEONOR. ¿Agustín! ¿No te has ido al campo?
¿Qué traes?

AGUSTÍN. ¿Ya puedes comprendélo!

LEONOR. ¿Has visto a mosén Aquilino?

AGUSTÍN. Y he estado asperando a que se marchara. Pa el campo iba, y la comezón de su visita a tus padres me ha hecho volver. ¿Qué ha pasau?

LEONOR. No he podido sacále sino medias palabras.

AGUSTÍN. ¿Alredor de lo que temíamos?

LEONOR. ¿Siguro! Mosén Aquilino es la nubecica que anuncia la tronada.

AGUSTÍN. ¿Y la pedregada tamién! Ya anoche me disparó mi padre una endiréta.

LEONOR. El señor Melchor no es tu padre.

AGUSTÍN. No importa. Es más que si lo fuera.

LEONOR. ¿Pero no lo es!

AGUSTÍN. ¿Sí lo es, porque'o se lo llamo! ¿Y porque le debo tanto o más que a un padre! Huerfánico me recogió, y a su sombra vivo dende entonces. Después de Dios, a nadie más que a él debo yo obediencia.

LEONOR. Mientras no te mande una enjosticia, será.

AGUSTÍN. Nunca me la ha mandau.

LEONOR. Pus ahura va a pedirte que no me quieras, Agustín.

AGUSTÍN. Ya lo sé.

LEONOR. Y ¿qué harás tú si te lo pide?

AGUSTÍN. Convencélo de que es un contra Dios.

LEONOR. ¿Podrás convencélo?

AGUSTÍN. No tiene más cariño que el mío. Verá por mis ojos en cuanto me ascuche.

LEONOR. ¿Pus no ices que te ha disparau ya una endiréta?

AGUSTÍN. Eso fué antes de oirme. A la cuenta

se habrá pensau que este querer nuestro es capricho de mozos, que pué arrancarse del corazón como una yerbecica o que pué dejarse sin incomeniente; pero cuando sepa como es, aspero que varíe de paicer y transija.

LEONOR. Alcuérdate de que es muy tozudo. Le llaman el tío Cabezo porque se le ve mucho discurrir por las alturas de los montes, pero le debían llamar el tío Cabezota. Y que el rincor y el odio contra mis padres es le toda la vida. ¡ Los pleitos perdidos, la política, las tierras, los dineros... y la malquerencia de la gente, ¡viviendo el fuego en lugar de apagálo!

AGUSTÍN. Y ¿por qué no ha de ser este cariño nuestro el que con todo eso concluya?

LEONOR. Si en el mundo pasaran las cosas como es de razon, así lo miraría. ¿Himos de querernos nosotros pa na malo? Pero el caso es que los dos tenemos la preocupaci3n y el miedo a lo que ocurra. No será tan llana la vereda.

AGUSTÍN. Pus en lo que toca a que'o deje de quererte, no ha de haber fuerza ni raz3n que me tuerzan. Te veo, y pa mi voluntá no hay ya imposibles, ni más afán que seguir viéndote.

LEONOR. Ni pa la mía, tocando a tu cariño.

AGUSTÍN. ¿Qué me ices tú de tus padres?

LEONOR. Que'o creo que han de estar más prontos a transigir que el tuyo.

AGUSTÍN. ¿Te lo feguras o lo sabes?

LEONOR. Me lo feguro.

AGUSTÍN. Y ¿no te engañará el deseo?

LEONOR. Podría ser que sí; pero, en último caso, yo le pediré a la Virgen que les aconseje.

AGUSTÍN. ¿Y si la Virgen les aconseja contra nosotros?

LEONOR. Eso no puede ser.

AGUSTÍN. ¿No puede ser?

LEONOR. ¿Cómo va a iciles la Virgen una cosa a ellos y a mí la contraria?

AGUSTÍN. Entonces, Leonor, si tú tienes esa esperanza y'o la que tengo, ¿cómo es que estamos sobresaltaus y temerosos?

LEONOR. Qué sé'o, Agustín... Vislumbres de lo malo... Cosas que no se esplican... Prisentimientos u lo que sean. Icen que cuando se tiene una satisfaiCIÓN y una dicha muy grandes, es natural el miedo de perdélas.

AGUSTÍN. Será eso.

LEONOR. Eso es.

AGUSTÍN. Pero tú, por cima de todo, ¿me quieres?

LEONOR. ¡Por cima de todo! ¡Como tú a mí!

AGUSTÍN. ¡Como yo a tí! ¡Has venido a ser ya pa mi vida más que el pan y el agua que necesito pa sostenirme!

LEONOR. ¡Y tú pa la mía, más que el aire donde respiro!

AGUSTÍN. ¡Pus siendo así, a no ser el poder de Dios, en la tierra no hay otro denguno que nos separe! ¡Bendita seas tú, Leonorica!

Aparece inopinadamente por la derecha el tío Cabezo, cuya presencia conturba y desconcierta a los enamorados.

TÍO CABEZO. Está bien. ¿Así es como tú cuidas la hacienda? No es esto, no, lo que'o ti he enseñau. Ni a engañarme ti he enseñau tampoco.

AGUSTÍN. Yo no hi engañau a usté, padre.

TÍO CABEZO. ¡Si mi has engañau! ¡Y ahura te callas! Voy a hablar yo unas palabricas. Pocas. Natural es que los ojos te se vayan detrás de las mozas,

mancebo, y hasta que alguna vez dejes tu misma obligación por festejálas. Yo he tuvido tus años y sé cómo la sangre moza se caldea y se rigüelve. En el mundo, mires pa onde mires, no alcontrarás más sombra que te acobige que la de mi casa, ni más brazos en que confiar que los míos: por algo te arrecogí casi de la calle y te hice un hombre, y a más he determinau de ca-sarte sobre mis bienes. Pero ha de ser a tu gusto y al mío. No basta el tuyo solo. Premiso tienes pa enamorar-te de cualquier moza digna de tú, de este lugar u del contorno entero. Elige bien y luego hablaremos dispacio. De la que nunca himos de hablar al respec-tive, es de ésta.

Silencio. Agustín no se atreve a mirar a Leonor. Al cabo ella pregunta, reprimiendo su cólera, pero con altivez:

LEONOR. Y eso, ¿por qué ha de ser así?

TÍO CABEZO. Porque'o lo mando.

LEONOR. ¿Y si él no estuviera conforme?

TÍO CABEZO. Pior pa él.

LEONOR. ¿Qué ices tú, Agustín?

TÍO CABEZO. Agustín no tiene nada que icir sobre esto.

LEONOR. ¡Pué que tenga mucho!

TÍO CABEZO. Puá ser; pero él no rechista.

LEONOR. ¿Que no rechista?

TÍO CABEZO. Ya lo ves. Al campo, mocete. A tu obligación: que'o acabo de acomplir la mía. Y'a me conoces: palabra que sale de mi boca, enjamás se me ha güelto al pecho: ¡ha de ser lo que'o diga! ¡Al campo!

AGUSTÍN. Sí, señor. *Márchase cabizbajo por la derecha. No obstante, sus ojos pueden más que él y se alzan para despedirse de Leonor.*

LEONOR. ¡Se va sin risponderme palabra!...

TÍO CABEZO. ¡Qué hacer!

LEONOR. ¡Ni esto es josticia, ni esto es ley, ni hay Dios que lo ampare!

TÍO CABEZO. ¡Lo amparará el dimoño!

LEONOR. ¡Allá usted! ¡Yo lo que le juro es que si lleva usted alante su intinción, se acordará de esta moceta! *Éntrase airada.*

TÍO CABEZO. ¿Sí, verdá? ¡Pus primero que consentir'o que mi hacienda vaya a poder de éstos, me hacen piazos! *Se va tras Agustín.*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Habitación en casa de mosén Aquilino. Sendas puertas a derecha e izquierda y ventana al foro, que da a la huerta de la casa. Muebles modestos. Mesa de trabajo a la izquierda del actor. Es de noche. Luces en el centro de la habitación y en la mesa. Luz de luna en la huerta.

Mosén Aquilino ordena, sentado a la mesa, papeletas del libro de jotas y refranes en que trabaja. Por la puerta de la derecha llega Serapia, su hermana, que viene de la calle. Es persona avispada, vehemente, un tanto novelera y que carece en absoluto de la hermosa virtud de saber callar.

SERAPIA. Aquilino.

MOSÉN AQUILINO. Hermana. ¿Ya de vuelta?

SERAPIA. De vuelta ya. Y te alcuentro como te dejé: metido en los papeles.

MOSÉN AQUILINO. Para rato hay.

SERAPIA. Pero ¿no te cansas, hombre de Dios?

MOSÉN AQUILINO. Ya lo ves.

SERAPIA. ¡Ganas tengo de que eches ya a la calle el dichoso libro! Vas a perder la vista y la salud.

MOSÉN AQUILINO. Te equivocas, hermana. Este libro es para mí un placer: un entretenimiento que, lejos de cansarme, me anima. ¡Refranes y coplas de

Aragón recogidos en mi vida entera!... ¡Jugo y sangre y sudor de la terreta en que nacimos!

En Galicia, la tierraña,
en Andalucía, la tierra,
la tierra, en la Montaña,
y en Aragón, la terreta.

SERAPIA. ¡Esa es tuya!

MOSÉN AQUILINO. ¿Quieres callarte?

SERAPIA. ¡Si estamos solos!

MOSÉN AQUILINO. ¡Aunque lo estemos! ¡Sabes que me incomoda...!

SERAPIA. No te incomodes por tan poco, y prepárate a oír un notición.

MOSÉN AQUILINO. ¡Cuándo no es Pascuas, viniendo de la calle tú! Y sí que traes cara de grandes acontecimientos.

SERAPIA. Rivuelto tiene al pueblo el asunto, no creas.

MOSÉN AQUILINO. Será esta noche, porque'o salí de mañana y nada advertí.

SERAPIA. Es que delante de tí desimulan todos.

MOSÉN AQUILINO. Bueno, bueno, acaba ya de declararte: ¿qué pasa?

SERAPIA. ¡Friolera! Una desaparición pa poner en cuidao.

MOSÉN AQUILINO. ¿Eh?

SERAPIA. El tío Cabezo falta de su casa hace dos días y nadie da cuenta de su persona.

MOSÉN AQUILINO. ¡Bah!

SERAPIA. ¿Cómo bah? ¿Es eso todo lo que me replicas?

MOSÉN AQUILINO. ¡Andará de viaje! ¡Así que él no va y viene cuando le cuadra! Tiene buena hacienda y muy repartida.

SERAPIA. Eso estaría bien si el primero en no explicarse la falta no fuera Agustín. El mozo anda mustio y melancólico... Y esta tarde, en el horno, decían algunas...

MOSÉN AQUILINO. ¿En el horno? A ver qué amasaban las horneras...

SERAPIA. Que Leonor, la enamorada, como ya la nombran, ha encerrao con argucias al tío Cabezo en la bodega, pa que allí se muera de hambre.

MOSÉN AQUILINO. ¡Válgame nuestro Padre Jesús! Las mujeres, con tal de no callar, inventan... Mira qué papeleta tengo entre los dedos, que no parece sino que te estaba esperando con tus noticias.

*Madre, venga usted corriendo,
que he visto una cosa rara:
tres mujeres en el horno
y las tres están calladas.*

SERAPIA. ¡La de siempre! ¡Ya va! ¡No hablamos más que las mujeres! ¡Los hombres no habláis! ¡Os entendéis por señas en el café, y en la rebotica, y en los soportales de la plaza, y en los cuarticos y dondequiera que os juntáis más de dos! ¡Sólo las mujeres hablamos!

MOSÉN AQUILINO. Y más de la cuenta: no lo olvides. Te lo voy a probar ahora mismo, con referencia a tí. Tres meses hace que vives en mi compañía, y a se ha repetido esta escena una vez por semana. Y me voy cansando.

SERAPIA. ¿De mí? Pues pronto me vuelvo al Garrotal con mis gallinas.

MOSÉN AQUILINO. No es eso, Serapia. Yo te he invitado a venir a mi casa para que viviéramos en compañía y no cada uno solo siendo hermanos y necesitando a más el uno del otro: esta es la verdad.

Bien estamos así y no hay por qué descomponer el trato. Pero me enoja, francamente, que cosas que' o digo aquí, para nosotros dos, te falte a tí tiempo para ir a ventearlas por esas calles.

SERAPIA. ¿Ventearlas' o? ¿Qué he venteao yo, Aquilino?

MOSÉN AQUILINO. Sin ir más lejos sé que le has dicho a la alcaldesa que' o protejo los amores de Leonor y Agustín en contra de sus padres.

SERAPIA. ¡Lo que te he oído! Y no pensé que era ningún secreto.

MOSÉN AQUILINO. Pues es algo más: es una invención tuya.

SERAPIA. ¿Una invención?

MOSÉN AQUILINO. A mí me habrás podido oír cosa muy distinta. Yo estaré con los padres, por no atizar sus odios y por evitar lágrimas, si el querer de los mozos es cosa ligera y de capricho, que se desata fácilmente; pero estaré con ellos y contra los padres, a quienes dividen malas pasiones, si veo que es honda y verdadera la de los mozos. ¡Honradamente ese es mi deber!

SERAPIA. ¡Que es lo que' o he dicho!

MOSÉN AQUILINO. ¿Sí, eh? Pues te han entendido muy mal, porque lo que se me atribuye por tu causa es muy otra cosa.

SERAPIA. ¡Ve tú a contar con la discreción de la gente!...

MOSÉN AQUILINO. ¡Por eso lo mejor es callar!

SERAPIA. Sabiendo la verdad de las cosas, ¿por callar va una a dejar que ruede una mentira?

MOSÉN AQUILINO. ¡Es que, no callándote, lo que consigues es que en lugar de una ruede una docena!

SERAPIA. Pues no sé cómo lo arreglaría, Aquilino; porque ¡pensar que' o sepa algo y no lo cuente!... ¡El tiempo de los milagros ya pasó!

MOSÉN AQUILINO. No del todo; porque'o te voy a pedir aún que hagas uno.

SERAPIA. ¿Un milagro?

MOSÉN AQUILINO. Sí: el milagro de poner punto en boca.

SERAPIA. ¿Sobre qué?

MOSÉN AQUILINO. Quizá lo presumas. Nadie sabía en Canales antes de llegar tú, que'o, que soy tan aficionado a las coplas del pueblo, las había compuesto en mi mocedad, cuando no me pasaba por las mientes acogerme a la Iglesia. Nadie lo sabía ni lo sospechaba en Canales.

SERAPIA. Y ¿qué?

MOSÉN AQUILINO. Que a poco de tu llegada aquí, principiaron unos y otros a embromarme sobre el particular... y en cuanto suena una copla picante, ya me están mirando con malicia.

SERAPIA. Y ¿tengo yo la culpa de que tus coplas hayan corrido como las demás?

MOSÉN AQUILINO. De eso, no; pero de que se presuma que algunas son mías, sí que la tienes. Nadie ha podido decirlo más que tú. Yo lo he callado siempre, como un sacrificio de mi pobre vanidad de cople-ro; y no por algunas de ellas, que me enorgullece oír de cuando en cuando en boca de los mozos, sino por otras, de cuya paternidad me avergüenzo al cabo de los años, máxime vistiendo los hábitos que visto.

SERAPIA. Pues eres masiao escrupuloso, Aquilino.

MOSÉN AQUILINO. Eso es cuenta mía.

SERAPIA. Y a más eres tú mesmo el que publicas más de lo que crees.

MOSÉN AQUILINO. ¿Yo? ¡Si de mis labios no ha salido nunca!...

SERAPIA. Pero ha salido por tus ojos. ¿Es que no ven todos que se te llenan de agua cuando de pronto oyes entonar una copla tuya? Pues la otra noche, en

la boda del sastre, cantó Jacobico aquella que escomienza :

Toa la sal que en el bautizo
me pusieron en los morros...

MOSÉN AQUILINO. ¡Basta, Serapia! No sigas adelante. Por haber dicho tú mi flaqueza, se fijan ahora en que me enternezca más o menos... y dan en lo que dan. Te prohibo terminantemente que vuelvas a decir que o he compuesto coplas de ninguna clase. Es más: te pido que si en algún caso se asegura delante de tí, tú lo desmientas. Y no hay más que hablar. Porque de cosa en cosa y de chisme en chisme, iríamos a parar a que anduviesen también en lenguas sucesos y locuras de mi juventud, que alguna noche en el insomnio me martirizan, pero que Dios me ha perdonado ya. Sentiría tener que volver a repetirte esto.

Éntrase por la puerta de la izquierda.

SERAPIA. ¡Virgen del Pilar! A lo mejor se le va el talento a este santo varón. ¿Qué adelanto yo con negar, si se le pone una cara de embalsamao cuando oye cantar una jota suya, que un ciego que lo mire se lo adivina? ¡Vamos!... Lo otro... En lo otro no va descaminao ciertamente.

Por la puerta de la derecha llegan Zequielico y Rosendo.

ZEQUIELICO. Güenas noches, doña Serapia.

SERAPIA. Buenas noches.

ROSENDO. ¿Hablabas usté sola, doña Serapia?

SERAPIA. No tengo tantos años pa que se me llame doña Serapia.

ROSENDO. ¿Ah, no? Usté desimule. Le llamaremos Serapica. ¿Estará bien así?

SERAPIA. Ni lo uno ni lo otro.

ROSENDO. Usted es como los castillos y las iglesias: mientras más años, más mérito.

SERAPIA. Vaya, vaya, que no viene usted afortunado pa los cumplidos esta noche.

ROSENDO. ¿Qué le vamos a hacer? Cuando se entra en una vesita y se pisa al gato u al perro, lo más acertado es pedir perdón y callar un ratico.

ZEQUELICO. ¿Está ahí el señor cura?

SERAPIA. Ahí está.

ZEQUELICO. Con permiso, voy a entrar a devolvéle este librico y a pedíle otro.

SERAPIA. ¿Ya has leído ése que te llevaste anoche?

ZEQUELICO. Sí, señora, sí. Leo muy de prisa'o.

SERAPIA. ¡Toma! ¡Y tan de prisa! ¿Te enteras de todo?

ZEQUELICO. De lo que leo, sí. Porque es que doy salticos cuando me aburro.

SERAPIA. Y ¿no es que se te va el pensamiento a otra cosa?

ZEQUELICO. *Sin querer oír la indirecta.* ¡Señor cura! *Éntrese por la puerta de la izquierda.*

SERAPIA. Esto del libro no es más que una artimaña pa venir aquí con desimulo.

ROSENDO. ¿A qué santo?

SERAPIA. Aunque mi hermano le dé ahora un misal, mañana lo devuelve.

ROSENDO. ¿Y eso?

SERAPIA. Porque el asunto es venir a diario, a ver si se topa con Pilarín la del estanco.

ROSENDO. ¡Ah, ya! ¿Es Pilarín a la que corteja?

SERAPIA. ¡La misma! Y adonde el corazón se inclina, el pie camina. Solía venir ella a acompañarme algunas noches. Y él dió en venir también por eso.

Pero se ha enterao de la coincidencia la madre de la moza, y se han terminao las visitas.

ROSENDO. ¿No le gusta el mozo pa Pilarín?

SERAPIA. Así parece.

ROSENDO. ¡Vaya usted a saber!

SERAPIA. Mal sistema es ese de contrariar a los mancebos.

ROSENDO. ¡Vaya usted a saber!

SERAPIA. No, no; que por una tozudez así de mi padre me quedé'o soltera.

Vuelve Zequelico con un libro mayor que él.

ZEQUELICO. Me ha dicho mosén Aquilino que a ver si ahura tengo pa unos días.

SERAPIA. Ya, ya. Lo que es ése, aunque saltes más que una pulga, no lo vuelves mañana.

ROSENDO. Difícil va a ser.

ZEQUELICO. Es que si no me agrada la letura, güelvo por otra.

SERAPIA. ¿Vuelves por otra? Anda con Dios, hombre, anda con Dios.

ROSENDO. Y si pasas por el estanco, mira si han puesto ya buzón especial pa las cartas de novios. ¡Güelve por otra!

ZEQUELICO. ¡Sí que es usted *chalanguero* y mal pensau!

ROSENDO.

*¡Puertecica de tu casa,
a cuántos haces penar...
o por habéla pasado
o por queréla pasar!...*

ZEQUELICO. ¿No digo? ¡Güenas noches! *Vase por la puerta de la derecha.*

Por la de la izquierda vuelve a salir Mosén Aquilino.

ROSENDO. ¡A la paz de Dios, señor cura!

MOSÉN AQUILINO. ¡Dios te guarde, Rosendo!
¿Ya pareciste?

ROSENDO. Señor cura, en cuanto recibí su recau me faltó el tiempo pa venir; pero había usted salido de casa cuando llegué.

MOSÉN AQUILINO. Sí; ya sé que estuviste la otra mañana.

ROSENDO. Y no hi güelto hasta ahura, porque hi andau estos días de viaje.

MOSÉN AQUILINO. Bueno, hombre, bueno. Siéntate.

ROSENDO. Gracias.

MOSÉN AQUILINO. ¿Una copica?

ROSENDO. Venga la copica. No sé icir que no. ¡Si hubiá sido mujer!...

MOSÉN AQUILINO. ¿Serapia?

SERAPIA. Ya voy, ya. *Vase por la puerta de la izquierda.*

ROSENDO. Y vamos al cuento, Mosén Aquilino. ¿Qué tiene que mandáale la Iglesia a este enfeliz jotero?

MOSÉN AQUILINO. Lo de siempre; lo mismo de siempre; pero con más encarecimiento que nunca.

ROSENDO. ¿Al tanto de la ronda?

MOSÉN AQUILINO. Cabal.

ROSENDO. ¡Esto de que se me haga a mí responsable de tos los trastazos y estrapalucios del año pasau!...

MOSÉN AQUILINO. Y lo eres.

ROSENDO. Premítame usted que le diga que no, señor cura. Usted sabe mejor que'o que en Aragón salta un jotero en cada esquina. Los mozos echan coplas lo mesmo que pían los gurriones.

MOSÉN AQUILINO. No, no, Rosendo, no le des vueltas. Las coplas de picadillo que el año pasado levantaron ronchas, eran tuyas. Los mozos todos te buscan a tí, porque saben que tienes chispa y travesura... y tus miajas de mala intención. Cuando el amo es tañedor, los mozos son bailadores.

ROSENDO. ¡Cómo ha de ser! No hay más que bajar la cabeza. Cuando da la gente en una malicia...

Vuelve Serapia. Trae en una bandeja una botella de anís y una copa, que deja en la mesa. Después de servir a Rosendo se sienta aparte a hacer labor, atenta al palique.

SERAPIA. Aquí tiene usted su condenación.

ROSENDO. Gracias, Serapia. *Bebiendo.* ¡Salú, que no estorba!

MOSÉN AQUILINO. Salud. De manera, Rosendo, que o tú me prometes tener formalidad este año, o no hay ronda.

ROSENDO. ¡Es mucha responsalidá pa un hombre solo! Miusté, señor cura: se me ocurre una solución. A mí me meten en la cárcel tos los años al final de la fiesta: ¡pus que me metan este año antes de escomenzar!

MOSÉN AQUILINO. Eso haríamos, si fuera necesario.

ROSENDO. Pero tenga usted en cuenta que lo que pretenden el señor alcalde y usted es como querer ponéle puertas al campo. ¿Es que el pueblo no ha de tener un día pa solazarse a gusto, y pa pedir josticia siquiera sea cantando jotas? El pueblo trebajador, callau y sufrido to el año, asau por los Gobiernos y por la probeza, necesita un desahogo alguna vez. Es como en los toros. A mí me agradan las corridas; soy güen aficionau; pero ¡si no me dejaran chillar y meterme a diestro y siniestro con todo el mundo, yo no iba!

MOSÉN AQUILINO. Mira, Rosendo: nadie ama al

pueblo más que'o. Y aquí está la prueba. *Le muestra sus papeles.* Poesía pura y saber del pueblo es todo esto: coplas y refranes. Y porque quiero la expansión de la pobre gente, quiero que el alcalde tolere la rondalla; pero quiero también que no termine de mala manera. ¿Qué menos se ha de desear? ¡ Lo del año pasado no fué una rondalla, fué una capea! ¡ Más trabajó el médico que nadie!

ROSENDO. Los de Chirriague tuvieron la culpa.

MOSÉN AQUILINO. No nos metamos en averiguarlo. Tú ya me entiendes. A culpa grave, reprensión suave, reza el refrán.

ROSENDO. Pero tampoco váya a pretender el señor cura que no se canten más que jotas de iglesia.

MOSÉN AQUILINO. ¡A buena parte vas!

SERAPIA. Sí, sí.

MOSÉN AQUILINO. *Después de mirar a su hermana como reprendiéndola.* Por lo mismo que la jota es fruto de mi tierra, deseo más que nadie que sea fuerte y sabroso; pero sano. Sano, ¿lo oyes? Una copla obscena en boca de un mozo cortejador, que despierta de su sueño a la moza con ella, tiene más veneno que el aguardiente que bebéis en casa del *Manco*.

ROSENDO. Que no se paice a este, por cierto. Aún me relamo de él.

MOSÉN AQUILINO. Sírvete otra copica.

ROSENDO. Sí, señor.

MOSÉN AQUILINO. En el cancionero que voy a publicar recojo cuantas coplas de la tierra han llegado a mí, bien oídas por mí mismo, bien que me las hayan traído los amantes de estos estudios. A tí te debo algunas.

ROSENDO. Es verdá: a mucha honra.

MOSÉN AQUILINO. Pero he hecho un expurgo en honor de mi pueblo, y no incluyo ninguna copla de mal gusto. No doy más que la espuma. ¡Basta ya de

burricas, y de tocinos, y de suegras, y sobre todo, de suciedades! ¡Basta ya!

ROSENDO. ¡Entonces!...

MOSÉN AQUILINO. Entonces, ¿qué? ¡Cerca de tres mil tengo coleccionadas! ¡Y correrán más que las otras! *Con entusiasmo.*

*¡Es tanto lo que te quiero,
que te quisiera llevar
en las ancas de mi macho
cuando me voy a labrar!*

¿Es esto de iglesia?

ROSENDO. Al ir o al golver, de iglesia viene a ser. ¡Porque esa parejica acaba en bendiciones! Yo sé la misma de otro modo.

MOSÉN AQUILINO. ¿Cómo lo sabes tú?

ROSENDO.

*¡Es tanto lo que te quiero,
que te quisiera llevar
en el pico de una muela,
y en cuando en cuando, apretar!*

SERAPIA. ¡Ja, ja, ja!

MOSÉN AQUILINO. ¡Ja, ja, ja!

ROSENDO. ¡No me diga usted que no tiene gracia!

MOSÉN AQUILINO. ¿Te lo niego yo? ¡Ya ves si me he reído! Y a mi libro irá. Como esta otra variedad de la misma. ¡Son muchos colores los de la musa aragonesa!

*¡Es tanto lo que te quiero,
que te quisiera llevar
de día, en el pensamiento,
de noche, en el ensoñar!*

Este ensoñar, ¿no vale un mundo?

SERAPIA. ¡Ya, ya está en sus glorias! Luego dice... *Se tapa la boca con arrepentimiento cómico.*

ROSENDO. ¡Como que se rejuvenece Mosén Aquilino hablando de ésto!

SERAPIA. ¡Vaya si se rejuvenece!

MOSÉN AQUILINO. Es pasión de toda mi vida, no lo oculto.

SERAPIA. ¡Jem!

ROSENDO. Por cierto, señor cura... *Solapadamente.* Le oí el otro día una copla a un segador, que nunca la había oído.

MOSÉN AQUILINO. No es extraño: ¡hay tantas mariposas!... A ver, a ver si'o la conozco.

SERAPIA. ¡Seguramente! ¡La que a tí se te escape!...

ROSENDO. *Haciendo memoria.* ¿Cómo era?... ¿Cómo era?...

En Galicia, la tierraña,
en Andalucía, la tierra,
la tierra, en la Montaña,
y en Aragón, la terreta.

Mosén Aquilino la ha oído con inquietud y emoción, que disimula; Serapia, nerviosísima. En los ojos de Rosendo brilla la chispa de intención maliciosa que lo indujo a citar la copla.

MOSÉN AQUILINO. Es bonita.

ROSENDO. ¿La había usted oído?

SERAPIA. ¡Vamos!

ROSENDO. ¿Eh?

MOSÉN AQUILINO. Sí la había oído, sí: está en mi colección. Es por el estilo de aquella otra tan sabida:

*Las cintas de la alpargata
son Castilla y Cataluña,
y el Aragón que está en medio,
el ñudo que las añuda.*

ROSENDO. Y ¿cree usted que sea original de un joto así como yo... u de algún poeta fino?

SERAPIA. ¡De algún poeta fino!

MOSÉN AQUILINO. Tú ¿qué sabes, Serapia?

SERAPIA. Hombre, algo se me pega de oírte.

MOSÉN AQUILINO. ¿Qué más da de quien sea? Si ha llegado a labios de un segador, ya es del pueblo. ¿Qué nos importa el nombre del que la compuso? El pueblo es como el río; y los que componen para él, vuelcan su cantarico o su jarra en el agua, con la alegría de que entre en la corriente; pero ¿quién distingue después qué onda lleva agua de una fuente, de un arroyo o de un regatillo?

ROSENDO. Eso nos pasa a todos, sí, señor.

MOSÉN AQUILINO. Y como esto de darle al pueblo una copla bella viene a ser lo mismo que regalarle un pedazo de pan, de pan del alma, se parece el coplero a la persona caritativa: que no tiene por qué decir que dió la limosna: le basta para su satisfacción con haberla dado. ¿Es así o no es así?

ROSENDO. Así es. A mí me ha sucedido más de una vez que me han porfiado que era de otro una copla que'o había sacado de mi cabeza. ¿Estaría'o seguro de que era mía?

SERAPIA. ¡Ah, sí! ¿Eso pasa mucho! ¿Te acuerdas tú, Aquilino...?

MOSÉN AQUILINO. *Clavándole los ojos.* ¿De qué me acuerdo yo, Serapia?

SERAPIA. De nada, de nada... Quiero decir eso: que nunca se descubre al autor... que se pierde entre todos... que se confunde...

ROSENDO. ¿Y esta otra, la conoce usted, mosén Aquilino?

MOSÉN AQUILINO. *Uu tanto temeroso.* ¿Cuál?

ROSENDO. Esta otra. *Mirándolo con socarronería.*

Toa la sal que en el bautizo
me pusieron en los morros,
se la daba a mi mañica...
aunque me quedara soso.

MOSÉN AQUILINO. No: esa nunca la oí. Vale bien poca cosa, por cierto.

ROSENDO. ¿Qué ice usted a esto, Serapia?

SERAPIA. ¿Eh? ¡Yo no estoy en la conversación!

ROSENDO. Como antes terció usted un par de veces, creía'o que sí. Y no molesto más. *Se levanta.*

MOSÉN AQUILINO. Tú no molestas, hombre. ¿El arranque?

ROSENDO. Se aceta el arranque.

MOSÉN AQUILINO. Te la serviré'o.

ROSENDO. Nunca me vi tan favorecido.

SERAPIA. ¡Jesús! ¡Tres copas de aguardiente en cinco minutos! ¡Así luego se le ocurren a usted esas jotas, que echan lumbre!

ROSENDO. ¿Está usted en la conversación, sí u sí?

MOSÉN AQUILINO. ¡Está en todas las conversaciones, diga ella lo que quiera!

ROSENDO. ¡Que sea por muchos años! *Bebe.*
Adiós, señor cura.

MOSÉN AQUILINO. Quedamos, en fin...

ROSENDO. Descuide usted. De mí no habrá queja.
Adiós, doña Serapia. Digo, adiós, señora.

SERAPIA. Vaya usted con Dios, aldraguero; mala persona.

ROSENDO. Descansar.

MOSÉN AQUILINO. Igualmente, hombre, igualmente.

ROSENDO. *Volviéndose en la misma puerta, y conteniendo un poco la risa que le bulle en el cuerpo.* Antes de irme. Yo soy muy claro, señor cura. No pienso dar ruido esta fiesta, porque usted me lo manda. Ahura, el último día, pa echar la llave, me va usted a consintir que le gaste una groma ligera al sastre giboso de la plazuela del Limón.

MOSÉN AQUILINO. ¡No, no; nada de bromas, que te conozco bien!

ROSENDO. ¡Si es una jotica na más!

MOSÉN AQUILINO. No, no; ni una ni media. ¡Bastante tiene el sastre con ser jorobado!

ROSENDO. Señor cura, si a más es por su bien. ¡Es que' o tengo la seguridá de que oye la jotica y se pone derecho!

MOSÉN AQUILINO. De todas maneras. Déjalo jorobado como lo ha hecho Dios.

ROSENDO. Es no entender la caridá; pero, en fin... Trebajo me va a costar callarme. Güenas noches.

MOSÉN AQUILINO. Buenas noches.

Vase Rosendo por la puerta de la derecha.

SERAPIA. *Refiriéndose con un guiño a él.* ¿Eh? ¿eh?

MOSÉN AQUILINO. ¿Qué?

SERAPIA. ¿Qué te paíce?

MOSÉN AQUILINO. ¿Qué te parece a tí?

SERAPIA. Calla más que dice este pájaro.

MOSÉN AQUILINO. ¡Pero nunca había dado en tal sospecha! ¡Y llevo cinco años en el pueblo!

SERAPIA. ¡Total, que vuelves a lo mesmo!

MOSÉN AQUILINO. No, hermana, no; no vuelvo. ¡No me he ido!

SERAPIA. ¡Pues en la visita no dirás que no he hecho el milagro que me pediste!

MOSÉN AQUILINO. A medias.

SERAPIA. ¿A medias? ¿No voy sisquiera a respi-

rar? Vaya, vaya, ¡al Garrotal me marchó! ¡Jesús, qué penitencia! *Coge el servicio de aguardiente y se va con él al interior.*

MOSÉN AQUILINO. Menos callarse, todo. Contra lo nativo no luches, Aquilino. *Volviendo a su mesa.* Vamos a ver por donde andábamos. *Torna a hojear las papeletas.* De rondalla. *Lee.*

*Siempre que salgo a rondar
hago una cruz en mi puerta:
si me matan o yo mato,
la cruz ya la tengo hecha.*

Medita un momento. Luego dice: Es tan bella... que debe ir al libro.

Apenas ha reanudado su sabrosa tarea, cuando le sorprende la imprevista llegada de Leonor, por la puerta de la derecha. Viene la garrida moza anhelante, pálida, convulsa, como si huyera con espanto de una sombra que ella sola ve. Un segundo contempla al sacerdote, que trabaja. Al fin se determina a hablarle.

LEONOR. Señor cura.

MOSÉN AQUILINO. ¿Quién? ¡Leonor! ¿Tú?

LEONOR. Yo, mosén Aquilino.

MOSÉN AQUILINO. Pero ¿vienes sola? ¿Qué traes? ¿Qué te sucede? ¿Qué cara es esa? ¿Quién te ha abierto?

LEONOR. ¡He tenido un mal alcuentro, señor cura! ¡Rosendo el jotero salía cuando yo iba a llamar! ¡Yo que no quería que nadie me viese!...

MOSÉN AQUILINO. Y ¿qué te importa, hijica? ¿Quién ha de extrañar que vengas a mi casa?

LEONOR. ¡Ay, señor cura!

MOSÉN AQUILINO. ¡Lo que me pone en cuidado

es cómo vienes! Estás lívida, desencajada... ¿Has hecho alguna cosa mala quizá?

LEONOR. ¡Sí, señor, que la hi hecho!

MOSÉN AQUILINO. ¿Tú, Leonorica?

LEONOR. ¡Yo! ¡La pior de todas!

MOSÉN AQUILINO. ¿Qué dices?

LEONOR. ¡No puedo más! ¡Me pesa sobre la conciencia la muerte de un hombre!

MOSÉN AQUILINO. ¡Cristo y Redentor mío! ¿Es posible, Leonor?

Vuelve Serapia, que se sobrecoge ante el inesperado lance, no menos que su hermano.

SERAPIA. Óyeme, Aquilino... ¿Eh? ¡Leonor!

LEONOR. Serapia...

MOSÉN AQUILINO. Déjanos ahora, que ésta tiene que hablar conmigo. Vete al cuidado de la puerta. Y venga quien venga, que no pase.

SERAPIA. Está bien, hermano. ¿Ocurre algo de particular?

MOSÉN AQUILINO. Ya lo sabrás luego. Vete y cierra ahí.

SERAPIA. Bueno, bueno. *Márchase llena de inquietud y cierra tras de sí la puerta.*

MOSÉN AQUILINO. *Después de una pausa y de mirar a la moza de abajo arriba.* Temblando estoy como tú tiembles, Leonor. ¿De una muerte me hablaste?

LEONOR. Sí, señor cura.

MOSÉN AQUILINO. ¿Por tu causa?

LEONOR. Aún más que por mi causa: ¡por mi mano!

MOSÉN AQUILINO. ¡Criatura!

LEONOR. Por mi mano, sí: ¡la del tío Cabezo!

MOSÉN AQUILINO. *Horrorizado.* ¿Eh? ¡No es verdad, Leonorica!

LEONOR. ¡Sí es verdá, mosén Aquilino; sí es verdá!

MOSÉN AQUILINO. ¡Señor Dios de los cielos!... A mí llegó esta noche que había desaparecido ese hombre... pero no lo creí...

LEONOR. Pus créalo bien, señor cura: ya no parecerá más entre nosotros: ¡lo maté'o!

MOSÉN AQUILINO. ¡No, no; no lo quiero creer! ¡Habla; habla!

LEONOR. Sí, señor; a eso vengo: a hablar, a descargarme. ¡Ay, Virgen! *Tras un sollozo rompe en llanto, dejándose caer en una silla.*

MOSÉN AQUILINO. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!...

Pasea agitado, con miedo de escuchar a la moza. Luego se sienta junto a ella.

LEONOR. *Haciendo un esfuerzo para hablar.* Oiga usted, señor cura. Agustín y'o... De cómo nos queremos usted ya sabe... Bueno: dende que el tío Cabezo declaró la guerra a nuestros amores... ¡Dios! ¡Qué maldición!... ¿Por qué han de ser en la vida estas cosas?... Dende que el tío Cabezo se cerró en que Agustín había de querer a cualquiera menos a mí... ni él ni'o vivíamos. ¡Han sido días de purgatorio, señor cura!...

MOSÉN AQUILINO. ¡Yo estaba dispuesto a remediar eso!

LEONOR. Nos veíamos a salto de mata, buscándole las vueltas a él, aprovechando sus ausencias, huyendo de su sombra... Dimos por fin en un lugar seguro.

MOSÉN AQUILINO. ¿Cuál?

LEONOR. Detrás del Castillo... Como icen que por los alrededores andan brujas, no va al Castillo alma viviente. Abajo está el río; enfrente el Pico Negro, que paice un fantasma.

MOSÉN AQUILINO. El Pico Negro, sí...

LEONOR. Pus al amparo del Castillo, nos citábamos Agustín y'o estas tardes, pa llorar y maldecir juntos nuestra desgracia.

MOSÉN AQUILINO. ¡Para llorar y maldecir!...

LEONOR. ¿Qué otra cosa podíamos hacer, señor cura, si no alcontrábamos el medio de reducir a aquel hombre maldito? ¡Era inútil ir a él con razones ni lloros! ¡No había en su alma más que el terco empeño de separarnos; de que Agustín me aborreciera! ¡Bien muerto está!

MOSÉN AQUILINO. ¡Calla, Leonor, que eso no puede oírse!

LEONOR. Perdóneme usted, señor cura... No puede oírse, no... Yo mesma me arripiento y me espanto de habélo dicho... No puede oírse... ¿Nos ascuchará alguien?

MOSÉN AQUILINO. Nadie, no; por eso no temas. Sigue tú.

LEONOR. ¡Yo en concencia soy incapaz de este delito, señor cura! No sé cómo ha sido... Verá usted; vera usted... La otra tarde... de esto hace tres días... Bueno; Agustín llevaba siempre al Castillo su manta y su trabuco... Nos sentamos junticos, pegau el uno al otro, como si formáramos una sola presona... Y'o le dije, con la cabeza pegá a su pecho, y apretujándome contra él: "¿Ves el Pico Negro, Agustín? ¡Miá que es duro y grande!... ¡Pus primero se volverá de humo que separarme'o de tí!" Asperé que me respondiera, como otras veces, y calló: lo sentí llorar, y sobre mi cara cayeron sus lágrimas, que ardían. Entonces alcé la vista a él, busqué sus ojos, y por primera vez esquivaron los míos. Fué aquello como una candelada que me iluminó: Agustín estaba atemorizau por el tío Cabezo; de acuerdo con él: Agustín me abandonaría. ¡Lo vi claro! En esto, señor cura, como si las brujas del Castillo lo hicieran, apareció en lo alto del Pico el tío Cabezo.

MOSÉN AQUILINO. ¡Ah!

LEONOR. Paecía el dimoño mesmo; paecía un pa-

jarraco del mal agüero; una amenaza viva de nuestro cariño, señor cura. “¿Has visto, Agustín?” le pregunté atemorizada, queriendo esconderme en la tierra. Agustín escomenzó a temblar como un azogau. Y’o, entonces, ni sé cómo ni obedeciendo a qué, eché mano al trabuco y apunté al tío Cabezo.

MOSÉN AQUILINO. ¡Jesús!

LEONOR. Me paice ricordar que dije: “Miá que si’o ahura...” Y no ricuerdo más ni tengo concencia de mi ación. Sonó el tiro, y el tío Cabezo rodó del otro lao del Pico Negro.

MOSÉN AQUILINO. ¡Calla, calla, infeliz; calla! ¡Maldición sobre mí si he sido torpe o tímido; si no he cumplido a tiempo con mi deber!

LEONOR. ¿Usté, señor cura? No pasó más. Agustín, empavorecido, quiso llegarse allí. ¡Imposible! Tenía que vadear el río. Apuntaba la noche... El balido de una oveja paecía el aullar de un lobo. Yo le pedí que no me dejara... Nos volvimos al pueblo espantaus. Las sombras de nuestros cuerpos en la tierra eran más negras que la cima del Pico... No hablábamos palabra... no podíamos hablar... Él se fué a su casa y’o a la mía... ¡Qué noche de miedo y de calentura!

MOSÉN AQUILINO. Pero ¿no habéis indagado después...?

LEONOR. Sí, señor. Agustín fué solo aquella mesma noche y asperó allí al alba... ¡Ni rastro halló del tío Cabezo! No se ha sabido más de él. Ni nadie en el lugar le ha dau promenores. El sitio es solo y temeroso, como usté sabe... A la cuenta rodó por la vertiente abajo y dió en el hoyo del barranco, donde el que cae no vuelve. Aquello es la mesma boca del infierno... ¡Cosas de brujas, señor cura, cosas de brujas!...

MOSÉN AQUILINO. ¡No, Leonor, no; no son cosas

de brujas; son cosas de las malas pasiones de la tierra! ; El Señor nos valga!

Tocan con los nudillos a la puerta de la derecha.

LEONOR. *Sobresaltada.* ¿Quién?

MOSÉN AQUILINO. ¿Quién es?

SERAPIA. *Dentro.* Soy'o, Aquilino. Sal un momentico.

MOSÉN AQUILINO. ¿Qué querrá esta mujer ahora? *Obedece.*

LEONOR. *Al verse sola.* ¿Me buscará la Josticia ya? ; Ay, Virgen de mi alma! ; Ni rezar sé!... ; Se me han olvidau mis oraciones!

Vuelve el Padre.

MOSÉN AQUILINO. Es gente que viene a hablarme de la fiesta, de parte del alcalde. Ya ves tú qué oportunidad... Ven conmigo a la habitación de mi hermana. Reza allí mientras yo te aviso.

Éntranse por la puerta de la izquierda.

A poco, por la de la derecha, sale Serapia. Una vez que ve que ya se han marchado, se vuelve hacia la puerta y dice:

SERAPIA. Pasa, Agustín.

Aparece éste silencioso, sombrío, taciturno.

AGUSTÍN. ¿Y Mosén Aquilino?

SERAPIA. Ahora vendrá.

AGUSTÍN. ¿La visita que me dijo usted que tenía...?

SERAPIA. Era un labrador. Lo habrá despedido por la corraliza. *Pausa. Observando la actitud del mancebo, se atreve a decirle:* Mal te preban esos amores, galán.

AGUSTÍN. ¿Por qué?

SERAPIA. Estás desencajao.

AGUSTÍN. No, señora; es mi natural.

SERAPIA. ¿Qué ha de ser tu natural, mocete? ¿Es que'o no te he conocido ciruelo? Los amores tienen esto, Agustín.

AGUSTÍN. ¿Qué tienen los amores?

SERAPIA. Esto que a tí te pasa. Te llevan a un huerto lleno de rosas, y tú has de ir a fijar los ojos en la que tenga más espinicas pa tus manos.

AGUSTÍN. El sino de cada creatura.

SERAPIA. Ya, ya. La vida está llena de esas historias... Yo mesma...

AGUSTÍN. *Maquinalmente.* Sí, señora, sí.

Nueva pausa.

SERAPIA. Y de tu padre ¿no se ha sabido aún nada?

AGUSTÍN. Nada.

SERAPIA. ¡Qué rareza de hombre! ¡Desaparecer de repente sin decir esta boca es mía!... ¡Y sin decirte adiós a tí!

AGUSTÍN. Sin icime adiós; es verdá.

SERAPIA. Aquí está ya mi hermano.

Sale, en efecto, Mosén Aquilino.

AGUSTÍN. *Yendo a él con vehemencia.* ¡ Señor cura!

MOSÉN AQUILINO. *Abrazándolo.* ¡ Agustínico! *A Serapia.* Cierra la puerta de la calle.

SERAPIA. Ahora mesmo, sí. *Entre sí, al tiempo de marcharse.* (¡ Cuando el río suena!...)

MOSÉN AQUILINO. ¿Qué traes tú por aquí?

AGUSTÍN. Nada bueno.

MOSÉN AQUILINO. ¿Nada bueno?

AGUSTÍN. Mejor estaría icir mucho malo.

MOSÉN AQUILINO. Agustín, mírame a la cara. ¿Qué hablas?

AGUSTÍN. Lo que usted me oye.

MOSÉN AQUILINO. Pero ¿tiembas?

AGUSTÍN. Ya lo ve usted; como un creminal.

MOSÉN AQUILINO. No te entiendo: no me atrevo a entenderte.

AGUSTÍN. Mosén Aquilino, ¿cuál es el delito mayor que puede cometer un hombre?

MOSÉN AQUILINO. ¡El mayor!... Muchos hay abominables, por desgracia.

AGUSTÍN. Pero ¿habrá alguno más infernal que atentar contra la vida del propio padre?

MOSÉN AQUILINO. ¡Agustín! ¡Criatura!...

AGUSTÍN. No ya del propio padre; pior aún. Del que con nosotros hizo de padre, sin obligación; del que nos amparó en la orfandá; del que nos enseñó lo que es el cariño de un hombre pa otro; del que pa nosotros amasó una fortuna con su trebajo.

MOSÉN AQUILINO. ¿Hablas del tío Cabezo y de tí?

AGUSTÍN. Sí, señor.

MOSÉN AQUILINO. ¿Es verdad que ha desaparecido?

AGUSTÍN. Señor cura: áteme usted las manos y entrégume a la Josticia como un malhechor; como el más dispreciabile de los hombres.

MOSÉN AQUILINO. No es ese mi oficio. Pero ¿por qué me pides a mí que haga eso? No acabo de entenderte, Agustín.

AGUSTÍN. Pus ya es hora de que me entienda usted del todo, mosén Aquilino: yo hi matau al que fué mi padre.

MOSÉN AQUILINO. ¡Agustín! ¿Estás en tu juicio?

AGUSTÍN. ¡Ojalá no lo estuviera, señor cura! Loco, tendría disculpa.

MOSÉN AQUILINO. Pero ¿tú... tú?...

AGUSTÍN. Yo, yo mesmo. ¿Le cuesta trebajo creélo, verdá?

MOSÉN AQUILINO. ¿No ha de costarme? ¿Qué pesadilla es ésta?... A ver; dime, dime...

AGUSTÍN. Señor cura, no sé cómo esplicále a usted lo que ha pasau por mí. Yo quería a mi padre más que a nadie en el mundo; y, sin embargo, dende que toa la fuerza que tenía sobre mí prencipió a empleála en

apartame de Leonor, el cariño me se iba volviendo contra él y me iba naciendo en el corazón un rincor terrible que'o desconocía. Pocos días han bastau. Mentira paice que los sentimientos se cambien y trasmuden así. Me latían en las sienes malos pensamientos; me subía del pecho a la garganta un cuajarón de sangre que me iba a ahogar.

MOSÉN AQUILINO. ¡Yo tengo la culpa de todo!
¡Dios me perdone a mí primero que a nadie!

AGUSTÍN. ¿A usted, por qué? ¿Cómo podía usted adivinar na de esto? ¡Pa el que no hay perdón en tierra ni en cielo es pa mí! Oiga usted, señor cura... La otra tarde acudí'o a mi cita con ella...

MOSÉN AQUILINO. ¿Con quién?

AGUSTÍN. Con Leonor: con mi novia...

MOSÉN AQUILINO. ¡Ah, sí! ¿Dónde os veíais?

AGUSTÍN. ¡Donde nadie nos viera!... ¿No da coraje tener que esconder un cariño que era santo y bueno?

MOSÉN AQUILINO. Sigue.

AGUSTÍN. Nuestras citas eran en el Castillo de las Brujas.

MOSÉN AQUILINO. ¿Frente al Pico Negro, quizá?

AGUSTÍN. Eso es. Y la otra tarde, llorando estábamos los dos nuestra mala suerte, cuando por obra del dimoño, en la cresta del Pico se apareció de pronto mi padre.

MOSÉN AQUILINO. ¡Tu padre!

AGUSTÍN. ¡Entonces sí que perdí unos instantes el juicio! ¡No pudo ser de otra manera! ¡Dios que quiso perderme! Agarré ciego mi trabuco... disparé...

MOSÉN AQUILINO. ¡Basta!

AGUSTÍN. ¡Y rodó el probe viejo por detrás del monte!

MOSÉN AQUILINO. ¡Basta ya!

AGUSTÍN. Lo hi buscau después inútilmente. Si

está ante Dios, que me oiga y me juzgue. ¡ Merezco los mayores castigos!

MOSÉN AQUILINO. ¿De modo que confiesas que tú, cegado por tu odio... con tus propias manos...?

AGUSTÍN. ¡No me fuerce usted a repetílo, señor cura!... ¡Yo, con mis propias manos!...

MOSÉN AQUILINO. ¡Pues no es eso lo que cuenta Leonor!

AGUSTÍN. ¿Eh? ¿Leonor? Pero ¿usted ha hablado con Leonor?

MOSÉN AQUILINO. ¡Aquí estaba cuando tú llegaste!

AGUSTÍN. ¿Era Leonor? ¿Era ella?

MOSÉN AQUILINO. Sí.

AGUSTÍN. Y ¿qué le ha dicho a usted esa probe creatura?

MOSÉN AQUILINO. ¡Que ha sido ella quien disparó contra tu padre!

AGUSTÍN. ¡Ah! ¡Cómo me quiere! ¿Ve usted cómo me quiere? ¡No la crea usted, Mosén Aquilino! ¡Eso lo ha dicho por salvarme! ¡Ha querido ser ella porque sabe que el crimen es mucho más negro siendo mío! ¡Cómo me quiere! ¡Cómo me quiere! ¿Ve usted cómo me quiere?

MOSÉN AQUILINO. ¿A cuál debo creer de los dos?

Sale en esto Leonor, como de un vuelo, exclamando:

LEONOR. ¡A mí, señor cura!

AGUSTÍN. ¡Ah! ¿Estabas ahí? ¿Me escuchabas?

LEONOR. ¿Podías tú padecer tan cerca de mí sin que'o te sintiera? ¡Mosén Aquilino, la verdá soy yo quien la ha dicho! ¡El que ha mentido por salvarme a mí es él! ¡Yo fuí quien disparó contra el tío Cabezo! ¡Lo maté'o!

AGUSTÍN. ¡No, señor cura; no la crea!

LEONOR. ¡Lo maté'o! ¡Ni qué más tiene en fin de

cuentas que fuera uno u otro, si los dos himos de arder en el infierno en las mismas llamas! ; Pero lo maté'o!

MOSÉN AQUILINO. *Abrazándolos, conmovido, angustiado.* Venid acá, hijos de mi alma... y comprended que ante mí no debéis sostener esa generosa mentira. ; Uno de los dos miente! No veáis en mí ahora al pobre sacerdote, amigo de vuestro hogar y de vuestra casta. Hacéos cuenta de que estáis ante el mismo Dios que os escucha. La verdad: me debéis la verdad. Os ruego que me la digáis. ; Decídmela!

AGUSTÍN. *Conmovido y no pudiendo disimularlo enteramente.* La verdá, señor cura: ; lo maté'o!

LEONOR. *Con resolución y entereza.* La verdá, mosén Aquilino: ; lo maté'o!

Se miran noble y altivamente, orgullosos de su terquedad. Mosén Aquilino, que aún los tiene abrazados, lleva perplejo su mirada del uno al otro.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

A C T O T E R C E R O

C U A D R O P R I M E R O

En el mismo lugar que el primer acto. Es al amanecer.
Poco a poco va llegando la luz de la mañana.

Salen por la izquierda Rosendo el jotero, y Guirlache, viejo leñador.

ROSENDO. Qué, ¿tomamos la otra copica en casa del Manco?

GUIRLACHE. No, no más copicas.

ROSENDO. ¡Pa matar el gusanico, hombre!

GUIRLACHE. Y ¿no le paice a usted que ya está bien muerto y enterrau? Las dos copicas de la Bastiana matan a un lagarto, cuantimás a un bichico tan enfelíz.

ROSENDO. *Reparando hacia la derecha.* ¡Oiga! Mucho ha madrugau doña Serapia. U Serapia, pa que no se incomode. A buen seguro que viene de misa de alba.

GUIRLACHE. La de los segadores. Allá himos debido ir nosotros, y no a casa de la Bastiana.

ROSENDO. ¡Está usted muy apocau de ánimo, tío Guirlache!...

GUIRLACHE. Ya sabe usted mi trebulación.

Llega por la derecha Serapia, de velo.

ROSENDO. Güenos días, señora.

SERAPIA. Buenos días.

GUIRLACHE. Güenos días.

SERAPIA. ¡Qué tempranico!

ROSENDO. En cuanto que prencipian las fiestas, a no se duerme. ¿Viene usted de ponerse bien con Dios?

SERAPIA. Y de pedirle misericordia para los pecados de todos.

ROSENDO. Hay tela, hay tela. Y ¿qué li ha dicho a usted?

SERAPIA. ¿Quién?

ROSENDO. Dios.

SERAPIA. Dios no contesta nunca, herejote. Voy a entrar a ver a la madre de Leonor, que me ha dicho ella que anda otra vez con los nervios atropellaos.

ROSENDO. Sus motivicos tiene.

SERAPIA. Ya, ya. ¿Esta noche hay ronda, por fin?

ROSENDO. Sí, señora: y ya me se tarda.

GUIRLACHE. Ensoñando está con la ronda este hombre, como si juá un mancebo.

SERAPIA. No se olvidará usted de los consejos de mi hermano, ¿verdá? ¿Tendrá presente el sermoncico de antianoche?

ROSENDO. No, señora.

SERAPIA. ¿Cómo que no?

ROSENDO. Como que no.

SERAPIA. ¿Va usted a meter la pata, como siempre?

ROSENDO. Voy a meter las dos, porque no tengo cuatro.

SERAPIA. ¡Eso se piensa usted!

ROSENDO. ¡Ah, pus si las tengo, las meto!

SERAPIA. ¿Ve usted qué descaró. Guirlache?

GUIRLACHE. ¡Ni que hubiá bebido!

SERAPIA. Pues a mi hermano bien le prometió usted...

ROSENDO. Han variau las cosas. Y se ha movido el aire. Han pasau acontecimientos que no puén quedar inoraus. Si la Josticia anda *barranquera* en Canales, en mi pecho no.

SERAPIA. ¿Qué piensa usted hacer?

ROSENDO. ¿Usted se asusta?

SERAPIA. Y ¿quién no se asusta escuchándolo?

ROSENDO. Le voy a cantar al señor juez una jota, del estilo de la fematera, preguntándole dónde está el tío Cabezo.

SERAPIA. ¿Lo sabe usted?

ROSENDO. Si lo supiera no lo preguntaría. ¿Ha de desaparecer una presona del día a la noche como por magia, y el juez se ha de cruzar de brazos? ¡Mientras'o tenga voz y vigüela, no!

SERAPIA. ¡Barrabás es el hombre éste!

ROSENDO. Pus no queda ahí. En el tranquil de la puerta del tío Cabezo mesmo, voy a echar esta otra. Ya tengo discurrida la letrica. A ver lo que le paice a usted:

No hay como tener dineros
pa que lo maten a uno:
la mano que más aspera
es la que carga el trabuco.

SERAPIA. ¡Ave María Purísima!

ROSENDO. Sin pecado concebida. ¡Verá usted si se aspabila el juez!

SERAPIA. Pero usted, mal hombre, ¿será capaz de suponer...?

ROSENDO. Miusté, Serapia: yo en estos casos no canto más que lo que los demás me soplan al oído y no se atreven a icir en voz alta.

SERAPIA. ¡Este hombre no está bueno de la cabeza! No quiero contestáله, no; no quiero contestáله. Es

un costal de víboras en aguardiente. Quede con Dios, Guirlache.

GUIRLACHE. Con Dios, señora.

SERAPIA. ¡A usted ni lo saludo ni lo miro a la cara más!

ROSENDO. ¡Usted se lo pierde!

SERAPIA. Y si no me voy pronto, me larga otro descaro! *Éntrase haciéndose cruces en casa de Leonor.*

ROSENDO. Pus aún no sabes tú la preguntica que le riservo al señor cura.

GUIRLACHE. ¿A mosén Aquilino tamién?

ROSENDO. ¡Tamién! Yo tengo pa todos.

GUIRLACHE. Pus a tiempo llega: aquí viene él.

ROSENDO. No; ahura, no. A la noche. ¿Usted lo aguarda?

GUIRLACHE. Sí, señor.

ROSENDO. A mí no me atrapa hasta luego. ¡Güen escomienzo e fiesta!

GUIRLACHE. Igualmente.

ROSENDO. Voy por la copica que usted me ha dispreciáu. Me tomaré la de usted y la mía. *Vase por la izquierda.*

GUIRLACHE. Es un güen hombre, pero se perece por dar que icir.

Espera un instante mirando para la derecha, por donde aparece luego mosén Aquilino.

MOSÉN AQUILINO. ¿Huye de mí aquél trapacero?

GUIRLACHE. Güenos días, señor cura.

MOSÉN AQUILINO. Dios te guarde, Guirlache. ¿Huye de mí?

GUIRLACHE. No, señor: es que tiene que hacer.

MOSÉN AQUILINO. ¿Que tiene que hacer... o que dará que hacer?

GUIRLACHE. Sí que es revoltosico, revoltosico...

MOSÉN AQUILINO. Con su pan se lo coma. ¿Y tú, me quieres algo?

GUIRLACHE. Justamente lo aspero a usted.

MOSÉN AQUILINO. ¿Qué hay?

GUIRLACHE. Al por qué de algo que Rosendo mi ha dicho.

MOSÉN AQUILINO. ¿Qué te ha dicho Rosendo?

GUIRLACHE. Que le enojan al señor cura las coplas de burricas.

MOSÉN AQUILINO. Hombre, no, Guirlache. No es eso. No se tome al pie de la letra. Lo que me desagrada a mí, y aun me subleva, es que se cante más a las borricas que a las personas: que se las quiera comparar.

GUIRLACHE. A ese punto voy'o.

MOSÉN AQUILINO. ¿Qué?

GUIRLACHE. Que a ese punto voy'o. Usted sabe que a mí el año pasau me se murió mi *Leñacera*.

MOSÉN AQUILINO. ¿Tu borrica?

GUIRLACHE. Mi borrica, sí señor; mi borrica; que es lo mesmo que icile a usted mi compañera y mi fortuna, y mis pies y mis manos.

MOSÉN AQUILINO. Ya, ya me lo contaste, y te consolé...

GUIRLACHE. Pus sobre el caso es mi consulta: ¿es pecau rezále por las noches?

MOSÉN AQUILINO. *Sonriendo.* ¿A la borrica?

GUIRLACHE. Sí, señor.

MOSÉN AQUILINO. Hombre, tanto como pecado... Es ignorancia... es niñería... es candor... A los irracionales no se les reza.

GUIRLACHE. Y mi *Leñacera*... ¿era eso?

MOSÉN AQUILINO. ¡Claro! No se les reza, para encomendarles el alma a Dios, más que a los racionales: a las personas; a nuestro prójimo.

GUIRLACHE. ¿Por qué?

MOSÉN AQUILINO. Por eso: porque tienen alma, y los irracionales no la tienen.

GUIRLACHE. ¿Cómo se sabe, señor cura?

MOSÉN AQUILINO. Mira, llevo prisa... Vete luego por casa y charlaremos. Te aclararé esas dudas terribles.

GUIRLACHE. De modo y manera que a una persona, aunque lo mate a uno a desgustos en esta vida—pinto el caso—... está bien rezále.

MOSÉN AQUILINO. Para que la perdone Dios.

GUIRLACHE. Y a la *Leñacera*, que no me dió más que satisfacciones y me ayudó a vivir, no está bien rezále.

MOSÉN AQUILINO. No está bien.

GUIRLACHE. Pus usted, mosén Aquilino, ya tuvo un perro del que icía que era más inteligente que algunas presonas.

MOSÉN AQUILINO. Y lo era. Y lo sentí mucho cuando se me murió. Y en un rincón de mi huerta lo enterré. Pero allí terminó mi cariño.

GUIRLACHE. Mi *Leñacera* tamién era más inteligente que las presonas. Mal me sabe a mí no rezále. Era mucho animal. Miusté, señor cura, que me disperataba a la hora que'o le icía: como un reló. Esto paice cuento. Miusté, señor cura, que cuando yo iba cansau de andar, ella lo barruntaba y se detenía pa que'o me subiese a sus lomos. Miusté, señor cura, que me llevaba por los desfiladeros más peligrosos, y enjamás perdió la cabeza. Por alguno de ellos, más de un projímo me hubiera dau un empetón pa que me cayera. Miusté, señor cura—hay que contálo todo—, que cuando el hambre apretaba en los inviernos, y'o, aguantando el viento y la nieve, me metía en algún bosque del Gobierno, a cortar a solapo unos troncos de leña pa vendélos y mal comer, mi *Leñacera* burlaba al guarda me-

jor que'o, y me asperaba callá como en misa, con perdón sea dicho. El burro de cualquier otro *leñacero* podía acertar a pasar por allí, que mi animalico no se rebullía. ¿Es dicurrir u no? Miusté, señor cura, que me avisaba el tiempo de lluvia con sus ojos, que se le llenaban de lágrimas cuando amenazaba llover. Miusté, señor cura...

MOSÉN AQUILINO. No continúes, Guirlache. Bien sé'o lo que es un animal listo y cariñoso. Pero de eso a rezarle... Vete por casa, como te he dicho, y allí, despacio, te convenceré de tu simplicidad.

GUIRLACHE. No dejaré de ir. Y perdone, si acaso he sido incomeniente.

MOSÉN AQUILINO. No, no; has hecho bien en preguntarme... Adiós.

GUIRLACHE. ¿Se ríe el señor cura?

MOSÉN AQUILINO. Me río, sí, me río. No has dejado de hacerme gracia.

GUIRLACHE. Menos malo.

MOSÉN AQUILINO. Hasta cuando quieras.

GUIRLACHE. Sí, señor cura. Será pronto.

MOSÉN AQUILINO. Adiós. ¡Pobre viejo! *Vase por la izquierda.*

GUIRLACHE. *Viéndole irse, y a modo de resumen de su pensar sobre la cuestión. ¡Pus lo hi priocupau! Se aleja por la derecha muy en ello.*

Viene Zequelico por la izquierda, templando su guitarra. Pasa hacia la derecha, y antes de que desaparezca lo detiene Serapia, que sale de casa de Leonor.

SERAPIA. ¿Qué es eso, Zequelico? ¿Te amanece templando?

ZEQUELICO. ¡Hola, Serapia! Güenos días.

SERAPIA. ¿Adónde vas tú tan de mañana? ¿A la iglesia quizá?

ZEQUIELICO. Puá ser que pase por allí, sí señora.

SERAPIA. ¿Te aguarda alguien?

ZEQUIELICO. Que'ó sepa, no.

SERAPIA. Pues que'ó sepa, sí.

ZEQUIELICO. ¿Quién me aguarda?

SERAPIA. ¡A buen seguro que no es el sacristán!

ZEQUIELICO. No crea usted que no pudiera ser el sacristán; que va de ronda con nosotros esta noche.

SERAPIA. ¿Con quién vas tú?

ZEQUIELICO. Con *Acerolla* y sus amigos. Gente seria. Porque los de Rosendo son masiau alborotadores.

SERAPIA. ¿Cantarás una coplica en el estanco?

ZEQUIELICO. No sé; no sé...

SERAPIA. ¿Pa cuando lo dejas, mastuerzo?

ZEQUIELICO. Quizá habrá que cantála; porque la siñá Feliciano es rumbosa y echa siempre tortas a los rondadores.

SERAPIA. ¿La madre o la hija echa las tortas?

ZEQUIELICO. No me fijé el año pasau: como no había luna...

SERAPIA. Porque la costumbre es que las echen las doncellas... Y más si se ven festejadas por algún mozo.

ZEQUIELICO. No sé, no sé... *Pulsa el guitarrico para disimular.* Mala está esta prima.

SERAPIA. Eso se arregla pronto con otra.

ZEQUIELICO. Que es lo que no pasa con los amores, Serapia: toma usted una cuerdecica pa usted, y que estire o que afloje, que suene bien o mal, la tiene usted ya pa toa la vida.

SERAPIA. ¡Si no salta!

ZEQUIELICO. ¡Salta uno antes que ella!

SERAPIA. Pero con esos miedos y esos arreparos,

Zequelico, nunca vas a casarte. Y eso se ha de hacer de *jovenzano*, que luego no habrá quien te quiera.

ZEQUELICO. Esa es la cuestión. Mucho, mucho grave.

SERAPIA. ¡Paices un viejo discurriendo! ¡No se han de cavilar tanto estas cosas! ¡Hay que dále vez al corazón!

*El matrimonio y el baño
tienen que ser de repente,
porque al que lo piensa mucho
le entra miedo y no se mete.*

ZEQUELICO. Mucho grave, mucho grave.

SERAPIA. Pero ¿a tí te gusta Pilarín, sí o no?

ZEQUELICO. A mi madre paice que no le gusta.

SERAPIA. No te pregunto eso: ¿a tí te gusta?

ZEQUELICO. *Pulsa el guitarrico de nuevo, sonríc dichoso, y al cabo exclama derretido.* Como gustarme Pilarín... ¡vaya si me gusta! ¡Más que la miel sin moscas!

Pilarín ha salido por la derecha unos segundos antes y se ha detenido a espaldas del mozo.

SERAPIA. ¡Ea, pues ahí la tienes como enviada! Díselo a ella, que es quien ha de oílo, que de las dos suegras'ó me encargo. *A Pilarín.* Tú, mosquita muerta, ya sabes cómo le gustas a Zequelico. Tú, saltamontes, ella me ha dicho a mí que tú también le gustas. ¡Con que mi madre en misa... yo solica... y la puerta abierta... mal hayan las dificultades! *Vase por la izquierda resueltamente.*

PILARÍN. ¿Es algo comprometedora esta mujer?...

ZEQUELICO. Pus tú ibas a su casa toas las noches.

PILARÍN. ¡Por eso sé que es comprometedora! Y tú también ibas.

ZEQUIELICO. Por libros pa ilustrarme.

PILARÍN. ¿Por libros, eh? Güenos días a to esto.

ZEQUIELICO. Güenos días. *Vuelve a su guitarrico, por recurso.*

PILARÍN. ¿Me vas a dar música ahura?

ZEQUIELICO. Aún es trempano.

PILARÍN. Pus ¿trempano empiezas a templar!

ZEQUIELICO. Esta prima, esta prima... ¿Qué te paice a tí lo que ha dicho Serapia?

PILARÍN. Yo vengo de misa.

ZEQUIELICO. Y ¿qué quiés icime con eso?

PILARÍN. Que no me hi enterau. Eras tú el que hablaba con ella.

ZEQUIELICO. Ella conmigo.

PILARÍN. Pero tú no te tapabas las orejas pa no oíla. ¿Qué le contestabas cuando yo llegué?

ZEQUIELICO. Se me ha olvidau.

PILARÍN. Era sobre la miel sin moscas. *Él le sonríe.* ¿Te ricuerdas ya?

ZEQUIELICO. ¡No se me había olvidau: jué groma!

PILARÍN. Y ¿es verdá que'o te gusto así? *Zequei- lico acude al guitarro.* ¡No temples más, que me esazonas!

ZEQUIELICO. Y'o a tí, ¿es verdá tamién que te gusto?

PILARÍN. Yo te hi preguntau a tí primero.

ZEQUIELICO. Y ¿necesitas que'o te conteste?

PILARÍN. ¿Lo necesitas tú?

ZEQUIELICO. ¡No, Pilarín!

PILARÍN. ¡Ni'o tampoco!

ZEQUIELICO. ¿Qué pensará tu madre?

PILARÍN. ¿Y la tuya?

ZEQUIELICO. Las dos piensan los mesmo.

PILARÍN. ¿Sabes tú lo que'o me malicio?

ZEQUIELICO. ¿El qué?

PILARÍN. Que sí, que piensan lo mesmo; pero es al rivés de lo que nosotros creíamos.

ZEQUIELICO. ¿Al rivés?

PILARÍN. Que nos han estau haciendo la contra pa encendénos.

ZEQUIELICO. To cabe en los posibles. ¿Por qué te lo malicias tú?

PILARÍN. Porque anoche se lo estaba confesando mi madre a mi tía Pilar con mucha risa y mucha reserva, y'o me enteré.

ZEQUIELICO. ¿De veras, Pilarín?

PILARÍN. ¡Como lo oyes!

ZEQUIELICO. ¡Miá si eres avisada! ¿Sabes que me alegro?

PILARÍN. ¡No te alegrarás más que'o!

ZEQUIELICO. ¡Entonces ya estamos arreglaus!

PILARÍN. ¡Y más que arreglaus!

ZEQUIELICO. ¡Como que tú me inamoraste a mí dende que hicimos conocencia!

PILARÍN. ¡Pus no has sido nengún propasau: porque ya va pa cuatro años, Zequienco!...

ZEQUIELICO. To se esplica en el mundo, Pilarín. Lo más enrevesau tiene su esplicación. Ya lo ice la copla:

*Hoy na ha puesto ningún güevo
la gallina blanca y negra.
Pué que consista en que anoche
nos la comimos de cena.*

To tiene esplicación; ya lo ves.

PILARÍN. ¿Me echarás esta noche una coplica?

ZEQUIELICO. ¡Y una docena! ¿Me echarás tú tortas?

PILARÍN. ¡Y un ramo de clavelinas tamién!

ZEQUIELICO. ¿Pa mí?

PILARÍN. ¡Pa tú!

ZEQUIELICO. ¡Pus vamos nosotros ahura a engromar a las madres iciéndoles que no nos queremos.

PILARÍN. ¡Eso está mucho bien! ¡Vamos a engromálas!

ZEQUIELICO. *Riéndose de felicidad.* ¡Ja, ja, ja!

PILARÍN. *Lo mismo.* ¡Ja, ja, ja!

ZEQUIELICO. ¡Hasta luego!

PILARÍN. ¡Bien precipian las fiestas pa nosotros!

ZEQUIELICO. ¡Bien precipian! ¡Adiós, capullico de rosa!

PILARÍN. ¡Adiós, ramico de albahaca!

ZEQUIELICO. ¡Adiós, vasico de leche!

Ella se retira por la izquierda y él por la derecha, mirándose con embeleso.

Un momento después sale por la derecha Leonor, que viene de la iglesia, y que se detiene a orar ante la imagen del retablo. El tío Cabezo, que sale tras ella, siguiéndola cautelosamente, aguarda callado a que termine de rezar, y cuando la moza va a entrar en su casa, la llama.

TÍO CABEZO. ¡Leonor!

LEONOR. ¿Quién? *Espantada.* ¡Ah! ¡Virgen del Pilar!

TÍO CABEZO. ¿Te asusta el verme?

LEONOR. *Apoyándose en el muro para no caer.*
¡Tío Cabezo!

TÍO CABEZO. ¿Tanto te sobrecoge la vista de un resucitau?

LEONOR. De un resucitau... así es... Lo dábamos a usted por muerto. ¿Y Agustín? ¿Lo sabe Agustín?

TÍO CABEZO. Anoche lo supo.

LEONOR. ¡Qué alegría pa él!

TÍO CABEZO. ¿Pa tí no?

LEONOR. Siéndolo pa él... ¡To himos de compar-tílo! ¿Dónde está?

TÍO CABEZO. En el campo. Donde'o li he mandau. Veo que no sales de tu asombro. Sí; soy'o, soy'o; no soy nengún fantasma. Soy el tío Cabezo en presona. Se conoce que no era la voluntá de Dios la mesma de quien disparó contra mí, cuando estoy vivo.

LEONOR. Agustín lo buscó a usté en el Pico Negro...

TÍO CABEZO. En lo alto estaba'o cuando un trabu-cazo me hizo rodar.

LEONOR. ¿Herido?

TÍO CABEZO. Herido, sí. No sé si en esta pierna u en esta otra. Tan poca cosa jué. Pero rodé montaña abajo, y un golpe en la cabeza me privó del sentido. Cuando lo recobré me vi recogido en la cabaña de un leñador misericordioso. Mi primer cuidau jué icile entonces que me escondiera bien a los ojos de todos, hasta estar güeno y sano. Quería'o experimentar qué sucedía en Canales creyéndome muerto y desaparecido.

LEONOR. *Trémula.* Pus... ya lo ha visto usté...

TÍO CABEZO. Ya lo hi visto. Cerca de la muerte tienen las cosas distinto componer.

LEONOR. Y ¿sospecha usté, tío Cabezo...?

TÍO CABEZO. ¿Quién jué el güen alma que me quería mandar al último viaje?

LEONOR. Sí.

TÍO CABEZO. Entre ojos llevo a un esagradecido que me debe dineros... Pero esto, hasta pensálo na más es grave. El hecho es que aquí estoy. Vivo y sano. Pero no te inquietes: no vengo contra tí. *Ella lo mira anonadada.* ¿Esto te asombra más que mi resurrección? No miente tu semblante. To se aclarará. Por el pronto, entra en tu casa, como ibas, y dí a tus padres

que Melchor Cabañas, por sobrenombre el tío Cabezo —es de mi agrado que me llamen así—, está aquí asperando al señor cura pa entrar a vélos en su compañía.

LEONOR. ¿Por qué se burla usted, tío Cabezo, de quien no ha cometido más delito que querer como nadie a quien usted quiere como a nadie?

TÍO CABEZO. No es ocasión de burlas, chiqueta. Y ten entendido que me aplace que se me obedezca sin chistar. Entra a iciles eso a tus padres.

LEONOR. *Conmovida, le interroga a la imagen del retablo.* ¿Es verdá, Virgen mía?

TÍO CABEZO. ¿A qué se lo preguntas a la Virgen, si estoy aquí'o? *Leonor lo mira temblorosa. No sabe qué hacer ni qué decir. Rompe al cabo en llanto y éntrase en la casa.* Otro componer... otro componer... *Temiendo conmoverse.* Pero ¿qué viejo estoy!

Vuelve por la izquierda Mosén Aquilino.

MOSÉN AQUILINO. Aquí me tienes ya, Melchor. Más a punto...

TÍO CABEZO. Pus aquí me tiene usted a mí.

MOSÉN AQUILINO. ¿Hablaste con la moza?

TÍO CABEZO. Ahura mesmo: acaba de dejarme. Pocas palabras. Ya me conoce usted. Nunca me perdí por *charrador*. ¿Vamos adentro?

MOSÉN AQUILINO. Vamos. Pero antes de entrar. 'o quisiera...

También por la izquierda sale en esto Rosendo, que va a cruzar la plaza muy decidido; más al hallarse con el tío Cabezo de manos a boca, se para en firme lleno de asombro y no dando crédito a lo que ve.

ROSENDO. *Entonándose.*

Tengo de subir, subir...

¿Eh? ¡Rejota!

TÍO CABEZO. ¿Qué es eso? ¿Qué te pasa, hombre?

ROSENDO. Que... que... que no asperaba... que no asperaba...

MOSÉN AQUILINO. ¿Qué es lo que no esperabas?

TÍO CABEZO. Alcontrarme a mí, por las señas. Este tamién me contaba con los defuntos.

ROSENDO. Sí, señor... digo, no, señor... ¿Ha hecho usted un viaje?

TÍO CABEZO. Un viaje, sí. Me daban billete de ida na más; pero yo llevaba una güelta en el bolsillo.

ROSENDO. Vaya, vaya... Pus yo me alegro mucho, tío Cabezo... mucho, ¡mucho! ¡Me alegro mucho!

TÍO CABEZO. Gracias, hombre.

MOSÉN AQUILINO. ¿Has compuesto algunas coplas para la ronda?

ROSENDO. Algunas hi compuesto, sí, señor.

MOSÉN AQUILINO. ¿Recordando mis advertencias?

ROSENDO. *Después de un trago de saliva.* Sí, señor. Yo no soy tan farandulero como la gente se fegura... Yo podré en un momento dau hablar de más, icir más de lo comeniente... Pero a tiempo sé recoger velas... Yo le prometo a usted, señor cura, que la rondalla de este año va a dejar mimoria... ¡pero al revés que la del año pasau!... *Como enternecido.* Toas van a ser fenuras y feligranas... ¡Faltaría más! ¡Vaya! ¿Pus no me está llorando este ojo?

MOSÉN AQUILINO. Eso será del aguardiente.

ROSENDO. No diré'o que no. Y como no me llora más que uno, voy por otra copica, a ver si el otro se imprisiona tamién. Salú a la güena gente.

TÍO CABEZO. Adiós, hombre.

MOSÉN AQUILINO. Anda con Dios.

ROSENDO. ¡Dimoño de lágrimas! *Vase por la derecha, enjugándose las.*

TÍO CABEZO. ¿Qué es lo que usted quería antes de entrar, mosén Aquilino?

MOSÉN AQUILINO. Conocer bien las causas de este cambio tuyo, tan radical y tan inesperado.

TÍO CABEZO. Va usted a sabélas en dos palabras: que ni saliva me gusta a mí gastar en balde. La visión de la muerte ha sido mi mejor consejera. Yo creía que tenía el corazón más duro que la cabeza, y he visto que no.

MOSÉN AQUILINO. Ni las fieras lo tienen.

TÍO CABEZO. No he sido nunca hombre que haya reblau. Si hoy ve usted que reblo... por algo es. Cuando llegué anoche a casa y sorprendí con mi llegada a Agustínico, dió un salto y un grito, o no sé si de alegría u de espanto, u de las dos cosas, y se tiró a mi cuello y se me abrazó de una forma, que me esplomé. No me avergüenzo de confesálo: me esplomé. Como una monjica. Le agradecí a Dios hasta el trabucazo, señor cura. ¿Querrá usted creélo? El mozo paecía mesmamente un perrico que güelva a ver al amo que se feгурó perdido pa siempre. Enterneecía a una piedra.

MOSÉN AQUILINO. Es muy bueno Agustín.

TÍO CABEZO. Es güeno. Precipiamos a hablar de esto y de lo otro, y me dijo al cabo de mucho ir y venir, con una firmeza y un mirar que daban frío, que si'o no quería, él no se casaba con esta mujer, pero que eso era a costa de espatriarse. Con menos no le pagaba el desengaño. ¡Espatriarse, señor cura! ¿Usted comprende bien lo que es eso? ¡Espatriarse! Yo juí soldau de mozo, y peleé en la moreería, y sé muy bien to lo que vale ese cachico e trapo de dos colores que se sigue y se mira entre el humo y el fuego... ¡Espatriarse Agustínico! ¿Había de querer'o pa él tamaña desventura? ¡Abandonar por siempre este suelo, estas tierras benditas que'o labré y engrandecí pa él!... Mi hacienda, al morir yo, en manos de desconocidos, de qué sé'o quién o de parientes que no me importan... No me dijo más Agustínico. Ya había dicho bastante.

Ca uno se jué a su cuarto... Yo sentía sus pasos dende el mío, y él sentiría los míos tamién dende el suyo. ¿Quién dormía, con los corazones y las cabezas como fraguas? Icen que los aragoneses semos tercos. Y sí que lo semos. Si no lo juéramos, no hubiera habido Sitios. Pero en tos los sitios hay una razón y hay un menuto pa rendirse. Y con el alba me llegó a mí el mío. Mandé a Agustín al campo, con la promesa de que ni a ella ni a nadie había de icíle una palabra de lo pasau entre nosotros, y'o me juí a la iglesia en busca de usté. ¿Vamos adentro?

MOSÉN AQUILINO. ¡En que'o te abrace! *Se abrazan.* Vamos adentro ahora.

Éntranse en casa de Leonor.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

A telón corrido óyese la ronda de mozos, que se aproxima. Una voz canta:

Voz. Ya está la luna en el cielo
asomada a su balcón:
asómate a tu ventana,
clavelina de Aragón.

Se levanta el telón entonces y aparece el mismo lugar, embellecido por la luna. Sentado en el poyete de casa de Leonor reposa Mosén Aquilino. Leonor, sonriente y dichosa, está asomada a su ventana. Los mozos de la ronda—hasta cinco o seis—, capitaneados por Rosendo el jotero, inician su marcha hacia la derecha. Llevan bandurrias, guitarras y requinto. Con ellos van además otros dos mozos, portadores de una manta donde recogen los regalos con que las muchachas los obsequian: tortas, roscones, flores, etc.

ROSENDO. Vamos por esta calle. No estará usted descontento de mí, señor cura.

MOSÉN AQUILINO. No, hombre; hasta ahora, no.

ROSENDO. Pus así seguiremos.

Aléjase por la derecha con su compañía. Leonor les echa unos roscos en la manta y se va. Durante todo el cuadro llegará a la escena, desde distintos sitios, como un apagado rumor de los instrumentos, y de cuando en cuando, el eco, más o menos debilitado, de alguna jota.

MOSÉN AQUILINO. ¡Buena jornada la de hoy!
 ¡Estas compensaciones ofrece la vida! Estoy fatiga-
 do, en verdad. *Pausa.* Noche de ronda... ¿Por qué
 hoy como nunca me asaltan a mí estos recuerdos?...
 ¡Cuánto se parece esta plazuela a aquella otra!...

Voz. *Dentro, a gran distancia.*

Si alguno quiere pedíle
 cuentas a este rondador,
 no se las pida en la ronda,
 sino solicos los dos.

MOSÉN AQUILINO. *Levantándose estremecido.*
 ¿Quién canta esa copla? ¡Dios mío! ¡Esa fué; esa
 fué!... Pero ¿quién la canta? Tal como allí cayó he-
 rido aquel hombre... *Con repentino espanto.* ¿Eh?
 ¿Qué es eso? ¿La mancha de sangre otra vez?... *Re-*
haciéndose; serenándose. ¡Dios mío!... ¿Es esto una
 alucinación? Vaya, vaya; a rezar por los muertos...
 y a pedir por los pecadores. *Se marcha por la izquier-*
da, conturbado el ánimo.

Después de una pausa, óyese la voz que canta de nuevo.

Voz. Echemos la despedida
 al estilo de mi tierra:
 al que nace lo bautizan
 y al que se muere lo entierran.

A poco, por la derecha, más anhelante aún que la primera vez que lo vimos, saltando de alborozo, aparece Agustín y grita llegándose al pie de la ventana de su novia.

AGUSTÍN. ¡Leonor! ¡Leonor!

LEONOR. *Asomando en la ventana de nuevo.* ¡Aquí estoy, Agustín, aquí estoy!

AGUSTÍN. ¡Siglos me se han hecho los minutos!

LEONOR. ¿Cómo has tardado tanto?

AGUSTÍN. Por no dejar solo a mi padre, que se enfermó un poquico con las emociones del día. ¡Pero ya pasó! ¡Baja, baja, que te quiero abrazar!

LEONOR. ¡Ahura mesmo! *Retírase.*

AGUSTÍN.

¡Si me muero, que me entierren
a la puerta de su casa,
porque yo sienta sus pasos
cuando venga o cuando vaya!

LEONOR. *Saliendo y yendo a él.* ¡Aquí me tienes!

AGUSTÍN. ¡Leonorica!

LEONOR. ¡Agustín de mi alma!

AGUSTÍN. ¿Me quieres ahura?

LEONOR. Te quise en la desgracia, ¿cómo no hi de quererte en la felicidad?

AGUSTÍN.

¡Yo te quiero más que a nadie,
mañica de mis amores;
yo te tengo de sembrar
el caminico de flores!

LEONOR. ¡Ya me lo siembras, ya! ¡Cómo nos salvó nuestro cariño, Agustín!

AGUSTÍN. ¡Él ha hecho el milagro! ¡Yo no pensé enjamás que mi padre reblara!

LEONOR. ¡Bendígalo Dios como lo bendecimos nosotros!

AGUSTÍN. ¡Si no llegamos a querernos así, esto no sucede! ¡Mírame, Leonorica, mírame; que'o me sacie de tu mirar!

LEONOR. ¡Eso no será nunca: como yo tampoco me sacio del tuyo!

AGUSTÍN. ¡Ya somos el uno del otro! ¡Qué fuerza tan grande pa vivir!

LEONOR. La ronda viene. ¡Suena más alegre que nunca! ¿Quién podrá olvidar esta noche?

Voz. *Cantando dentro, más cerca que antes.*

Yo tenía el corazón
duro como el pedernal,
y el cariño de dos mozos
lo ablandó pa perdonar.

LEONOR. ¡Es por nosotros, Agustín! ¿Has oído?

AGUSTÍN. ¡De fijo que ha sido Rosendo! ¡Lo ice por mi padre!

LEONOR. ¡Miá tú cómo cuando quiere compone fenuras!

AGUSTÍN. ¡Miá tú...!

Corta la frase del muchacho la inesperada aparición del tío Cabezo, que a este punto llega por la derecha.

LEONOR. ¡Tío Melchor!...

AGUSTÍN. Padre, ¿usted aquí?

TÍO CABEZO. Yo aquí. No lo estrañes. Me encontré con ánimos luego de tantas aventuras, y me salí a recorrer las calles oyendo a los mozos; recordando mis primaveras. ¡Quién sabe si será ésta la última ronda que'o vea y ascuche!

AGUSTÍN. ¡Eso, no!

TÍO CABEZO. ¡U eso, sí! ¡Quién lo sabe! Y no hi perdido el tiempo en mi paseico. *Los mira de un modo que los desconcierta.*

LEONOR. ¿Eh?

AGUSTÍN. ¿Qué?

TÍO CABEZO. No os soliviantéis. Lo que no se

hace es lo que no se averigua nunca. Lo que se hace, tarde u temprano se llega a averiguar. Y'o ya sé quién disparó contra el tío Cabezo.

LEONOR. ¿Lo sabe usted ya?

TÍO CABEZO. Sí, por cierto. ¿Y tú, lo sabes?

LEONOR. Sí, señor.

TÍO CABEZO. ¿Que tú lo sabes, dices?

LEONOR. Sí, señor.

TÍO CABEZO. ¿Quién jué?

LEONOR. Yo mesma.

TÍO CABEZO. Basta. Te ha salvau tu nobleza, maña. Es lo que'o deseaba oírte. Si me vienes ahura con hipocresías y con embustes, aún no sé'o lo que hubiera pasau. Agustín, abrázala, que güena alhaja es la que te llevas.

AGUSTÍN. ¡Padre!

TÍO CABEZO. ¡Abrázala!

AGUSTÍN. ¡Leonorica!

Se abrazan los enamorados.

TÍO CABEZO. *A la ronda, que se siente muy cerca.*

¡Aquí, mozos, aquí; que aquí está la flor de este pueblo!

Vase satisfecho por la izquierda.

LEONOR. *A Agustín.* ¡Fuí'o! ¡Fuí'o!

AGUSTÍN. ¡Sí: tú fuiste! ¡Ahura ya no me importa reconocélo!

LEONOR. ¡Yo fuí! ¡La mesma que lo quiso matar... y que ahura lo bendice!

La rondalla está ya tan cerca que parece que va a entrar en la plaza.

FIN DEL POEMA

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

JUGUETES CÓMICOS

(PRIMEROS ENSAYOS)

Esgrima y amor.—Belén, 12, principal.—Gilito.—La media naranja.—El tío de la flauta.—Las casas de cartón.

COMEDIAS Y DRAMAS

EN UN ACTO

La reja.—La pena.—La azotea.—Fortunato.—Sin palabras.—Pedro López.

EN DOS ACTOS

La vida íntima.—El patio.—El nido.—Pepita Reyes.—El amor que pasa.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.—La escondida senda.—Doña Clarines.—La rima eterna.—Puebla de las Mujeres.—La consulesa.—Dios dirá.—El ilustre huésped.—Así se escribe la historia.—Febrerillo el Loco.—Pasionera.

EN TRES O MÁS ACTOS

Los Galeotes.—Las flores.—La dicha ajena.—La zagala.—La casa de García.—La musa loca.—El genio alegre.—Las de Caín.—Amores y amoríos.—El centenario.—La flor de la vida.—Malvaloca.—Mundo, mundillo...—Nena Teruel.—Los Leales.—El duque de Él.—Cabrita que tira al monte...—Marianela.—Pipiola.—Don Juan, buena persona.—La Calumniada.—El mundo es un pañuelo.—Ramo de locura.—La prisa.—Antón Caballero.—Las vueltas que da el mundo.—Cristalina.—Concha la Limpia.—Mi hermano y yo.—Cancionera.—La boda de Quinita Flores.—Las de Abel.—Barro pecador.—125 kilómetros.—La cuestión es pasar el rato.—Tambor y Cascabel.—Los mosquitos.—Novelera.—Rondalla.

SAINETES Y PASILLOS

La buena sombra.—Los borrachos.—El traje de luces.—El motete.—El género infimo.—Los meritorios.—La Reina Mora.—Zaragatas.—El mal de amores.—Fea y con gracia.—La mala sombra.—El patinillo.—Isidrín o Las cuarenta y nueve provincias.—Los marchosos.—La del Dos de Mayo.—Vámonos.—La suerte.—Las muertes de Lopillo.

ENTREMESES Y PASOS DE COMEDIA

El ojito derecho.—El chiquillo.—Los piropos.—El flechazo.—La zahorí.—El nuevo servidor.—Mañana de sol.—La pitanza.—

Los chorros del oro.—Morritos.—Amor a oscuras.—Nanita nana...—La zancadilla.—La bella Lucerito.—A la luz de la luna.—El agua milagrosa.—Las buñoleras.—Sangre gorda.—Herida de muerte.—El último capítulo.—Solico en el mundo.—Rosa y Rosita.—Sábado sin sol.—Hablando se entiende la gente.—¿A quién me recuerda usted?—El cerrojazo.—Los ojos de luto.—Lo que tú quieras.—Lectura y escritura.—La cuerda sensible.—Secretico de confesión.—La Niña de Juana o El descubrimiento de América.—El corazón en la mano.—La sillita.—La moral de Arrabales.—La flor en el libro.—La seria.—El mal ángel.—El cuartito de hora.—La quema.—Cabellos de plata.—Las benditas Máscaras.—Acacia y Melitón.—Ganas de reñir.—El pie.—El último papel—Cambio de suerte.

Z A R Z U E L A S

EN UN ACTO

El peregrino.—El estreno.—Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el «botijo»!—El amor en solfa.—La patria chica.—La muela del rey Farfán.—El amor bandolero.—Diana cazadora o Pena de muerte al Amor.—La casa de enfrente.

EN DOS O MÁS ACTOS

Anita la Risueña.—Las mil maravillas.—Los pápiros.

MONÓLOGOS

Falomilla.—El hombre que hace reír.—Chiquita y bonita.—Polvorilla el Corneta.—La historia de Sevilla.—Pesado y medido Revoloteo.

VARIAS

El amor en el teatro.—La contrata.—La aventura de los gacotes.—Cuatro palabras.—Carta a Juan Soldado.—Las hazañas de Juanillo el de Molares.—Becqueriana.—Rinconete y Cortadillo.—Castañueña, arbitrista.—Dos pesetas.—Pepita y Don Juan. Los grandes hombres o el Monumento a Cervantes.

Pompas y honores, *cabricho literario en verso. Parnaso Fe Madria.*

Fiestas de amor y poesía, *colección de trabajos escritos ex profeso para tales fiestas. Manuel Marm, Barcelona.*

La madrecita, *cuadros de costumbres. Biblioteca Nueva, Madrid,*

La mujer española, *una conferencia y dos cartas. Biblioteca Hispania, Madrid.*

Ruido de faldas, *pasos y entremeses escogidos, con un prólogo sobre el trabajo de la mujer. Enciclopedia, Madrid.*

EDICIONES ESCOLARES DE ALGUNAS OBRAS

Doña Clarines y Mañana de sol, *Edited with introduction, notes and vocabulary by S. Griswold Morley, Ph. D. Assistant Professor of Spanish, University of California.—Heath's Modern Language Series.—Boston, New York, Chicago.*

Las de Caín, *Edited with notes, exercises and vocabulary by Z. Eilene Lamb, Ann Arbor High School, and Norman L. Willey, University of Michigan.—Allyn and Bacon.—Boston, New York, Chicago, Atlanta, San Francisco.*

Así se escribe la historia, *Edited with introduction, notes, exercises and vocabulary by Edwin B. Place, Ph. D., Professor of Romance Languages. University of Colorado. New York, Alfred A. Knopf.—MCMXXVI.*

Puebla de las mujeres.—*Edited with introduction, notes, exercises and vocabulary by Lula Giralda Adams, teacher of Spanish in the Brookline High School, Massachusetts. New York and London, The Century C.^o.*

La flor de la vida, *Edited with direct-method exercises, notes, and vocabulary by Frank O. Reed, Professor of Spanish and John Brooks, Associate professor of Spanish University of Arizona, with a critical introduction by Federico de Onís.—D. C. Heath and Company, Boston, New York, Chicago, London, Atlanta, Dallas, San Francisco.*

TRADUCCIONES

AL ITALIANO

I Galeoti.—Il patio.—I fiori (*Las flores*).—La pena.—L'amore che passa.—La Zanze (*La Zaga'*), por GIUSEPPE PAOLO PACCHIEROTTI.

Anima allegra (*El genio alegre*), por JUAN FABRÉ y OLIVER y LUIGI MOTTA.

Le fatiche di Ercole (*Las de Caín*), por JUAN FABRÉ y OLIVER.

I fastidi della celebrità (*La vida íntima*), por GIULIO DE MEDICI.

La casa di García.—Al chiaro di luna.—Amore al buio (*Amor a oscuras*), por LUIGI MOTTA.

Il centenario, por FRANCO LIBERATI.

Donna Clarines, por GIULIO DE FRENZI.

Ragnatelle d'amore (*Puebla de las Mujeres*), por ENRICO TEDESCHI.

Mattina di sole.—L'ultimo capitolo.—Il fiore della vita.—Malvaloca.—Jettatura (*La mala sombra*).—Anima malata (*Herida de muerte*).—Chi mi ricorda lei? (*¿A quién me recuerda usted?*)—Così si scrive la storia, por GILBERTO BECCARI y LUIGI MOTTA.

Anima gitana (*Cabrera que tira al monte...*), por CARLO BOSELLI.

Il mondo è un fazzoletto (*El mundo es un pañuelo*), por ITALO ZINCARELLI.

AL VENECIANO:

Siora Chiareta (*Doña Clarines*), por GINO CUCCHETTI.

El paese de le done (*Puebla de las Mujeres*), por CARLO MONTICELLI.

AL ALEMÁN:

Ein Sommeridyll in Sevilla (*El patio*).—Die Blumen (*Las flores*).—Die Liebe geht vorüber (*El amor que pasa*).—Lebenslus (*El genio alegre*), por el Dr. MAX BRAUSEWETTER.

Das fremde Glück (*La dicha ajena*), por J. GUSTAVO ROHDE.

Ein sonniger Morgen (*Mañana de sol*), por MARY v. HAKEN.

Begegnung (*Mañana de sol*), por FRANZISKA BECKER
y S. GRAFENBERG.

AL FRANCÉS:

Matinée de soleil (*Mañana de sol*), por V. BORZIA.

La fleur de la vie (*La flor de la vida*), por GEORGES
LAFOND y ALBERT BOUCHERON.

Le patio.—Le choucho (*El ojito derecho*).—Bourg-
les-Dames (*Puebla de las Mujeres*), por MAURICE COIN-
DREAU.

L'amour qui passe (*El amor que pasa*), por GERMAINE
DURCOS-CENOS y ROGER MARTIN DU GARD.

AL HOLANDÉS:

De bloem van het leven (*La flor de la vida*), por
N. SMIDT-REINEKE.

AL PORTUGUÉS:

O genio alegre.—Mexericos (*Puebla de las Mujeres*).
Malvaloca.—O mundo é tão pequeno... (*El mundo es un
pañuelo*), por JOÃO SOLER.

Marianela.—Assim se escreve a historia.—Segredo de
confissão, por ALICE PESTANA (Caiel).

A Dama Branca (*Doña Clarines*).—O centenario.—
Cristalina, por ALBERTO DE MORAES.

AL INGLÉS:

A morning of sunshine (*Mañana de sol*), por MRS. LU-
CRETIA XAVIER FLOYD.

Malvaloca, por JACOB S. FASSETT, JR.

By their words ye shall know them (*Hablando se en-
tiende la gente*), por JOHN GARRETT UNDERHILL.

The Fountain of Youth (*La flor de la vida*), por SA-
MUEL N. BAKER.

Reading and Writing (*Lectura y escritura*), por BEATRICE ERSKINE.

Four Plays (un volumen). The Women have their Way (*Puebla de las Mujeres*), A Hundred Years Old (*El Centenario*), Fortunato, and The Lady from Alfaceque (*La Consulesa*), por HELEN y HARLEY GRANVILLE-BARKER.

AL DANÉS:

Kærligheden Drager Torbi (*El amor que pasa*), por JOHANNE ALLEN.

TEATRO COMPLETO DE LOS AUTORES

ORDEN DE LA PUBLICACIÓN

TOMO I. —PRIMEROS ENSAYOS

Prólogo.—Esgrima y amor.—Belén, 12 principal.—Gilito.—La media naranja.—El tío de la flauta.—El peregrino.—Las casas de cartón.—La reja.—Apéndice.

TOMO II. —COMEDIAS Y DRAMAS

La vida íntima.—El patio.—Los Galeotes

TOMO III. —COMEDIAS Y DRAMAS

La pena.—La azotea.—El nido.—Las flores.

TOMO IV. —SAINETES Y ZARZUELAS

La buena sombra.—Los borrachos.—El traje de luces.—El motete.—El estreno.—Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el "botijo"!

TOMO V. —COMEDIAS Y DRAMAS

La dicha ajena.—Pepita Reyes.—Mañana de sol.

TOMO VI —COMEDIAS Y DRAMAS

La zagala.—Amor a oscuras.—La casa de García.—A la luz de la luna.

TOMO VII. —PIEZAS BREVES

El ojito derecho.—El chiquillo.—Los piropos.—El flechazo.—El amor en el teatro.—Los meritorios.—La zahorí.—La contrata.—El nuevo servidor.—La aventura de los galeotes.

TOMO VIII. —COMEDIAS Y DRAMAS

El amor que pasa.—El agua milagrosa.—La musa loca.—Herida de muerte.

TOMO IX. —COMEDIAS Y DRAMAS

El genio alegre.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.

TOMO X. —SAINETES Y ZARZUELAS

El género ínfimo.—La Reina Mora.—Zaragatas.—El mal de amores.—El amor en solfa.—La mala sombra.

TOMO XI. —COMEDIAS Y DRAMAS

La escondida senda.—El último capítulo. Las de Caín.—Sin palabras.

TOMO XII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Amores y amoríos.—¿A quién me recuerda usted?—Doña Clarines.—Los ojos de luto.

TOMO XIII. —PIEZAS BREVES

La pitanza.—Los chorros del oro.—Morritos.—Nanita, nana...—La zancadilla.—La bella Lucerito.—Las buñoleras.—Cuatro palabras.—Sangre gorda.—Carta a Juan Soldado.—Solico en el mundo.—Patomilla.

TOMO XIV. —COMEDIAS Y DRAMAS

El centenario.—La flor de la vida.—La rima eterna.

TOMO XV. —COMEDIAS Y DRAMAS

Puebla de las Mujeres.—Lo que tú quieras.—Malvaloca.—La cuerda sensible

TOMO XVI. —SAINETES Y ZARZUELAS

La patria chica.—Las mil maravillas.—El patinillo.—La muela del rey Farfán.

TOMO XVII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Mundo, mundillo...—Fortunato.—Nena Teruel.

TOMO XVIII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Los Leales.—La consulesa.—Dios dirá.—El corazón en la mano.

TOMO XIX. —PIEZAS BREVES

Rosa y Rosita.—El hombre que hace reír.—Sábado sin sol.—Las hazañas de Juanillo el de Molares.—Hablando se entiende la gente.—Chiquita y bonita.—Polvorilla el corneta.—El cerrojazo.—La historia de Sevilla.—Lectura y escritura.—Pesado y medido.—Secretico de confesión.

TOMO XX. —COMEDIAS Y DRAMAS

El Duque de él.—El ilustre huésped.—Cabrita que tira al monte...

TOMO XXI. —COMEDIAS Y DRAMAS

Marianela.—Así se escribe la historia.—Pipiola.

TOMO XXII. —SAINETES Y ZARZUELAS

Fea y con gracia.—Anita la Risueña.—
El amor bandolero.—Isidrín o Las cua-
renta y nueve provincias.—Becqueriana.
Diana cazadora o Pena de muerte al
Amor.

TOMO XXIII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Don Juan, buena persona.—Pedro Ló-
pez.—La Calumniada.

TOMO XXIV. —COMEDIAS Y DRAMAS.

Febrerillo el Loco.—El mundo es un pa-
ñuelo.—Pasionera.

TOMO XXV. —PIEZAS BREVES

La niña de Juana o El descubrimiento de
América.—La sillita.—Castañuela, arbi-
trista.—La seria.—El mal ángel.—El cuar-
tito de hora.—Cabellos de plata.—Acacia
y Melitón.—Ganas de reñir.—Dos pese-
tas.—Vámonos.—Revoloteo.

TOMO XXVI. —COMEDIAS Y DRAMAS

Ramo de locura.—La moral de Arraba-
les.—La prisa.—La flor en el libro.

TOMO XXVII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Antón Caballero.—La quema.—Las vuel-
tas que da el mundo.—Las benditas Más-
caras.

TOMO XXVIII. —SAINETES Y ZARZUELAS

Rinconete y Cortadillo.—La casa de en-
frente.—Los marchosos.—La del Dos de
Mayo.—Los pápiros.

TOMO XXIX. —COMEDIAS Y DRAMAS

Cristalina.—Concha la Limpia.—Mi hermano y yo.

TOMO XXX. —COMEDIAS Y DRAMAS

Cancionera.—Pepita y Don Juan.—La boda de Quinita Flores.—El último papel.

TOMO XXXI. —COMEDIAS Y DRAMAS

Las de Abel.—Los grandes hombres o El monumento a Cervantes. — Barro pecador.

Esta colección continuará enriqueciéndose en lo porvenir con las nuevas obras que produzcan los hermanos Alvarez Quintero, las cuales se agruparán en tomos siguiendo el mismo método.

PUBLICADOS :

TOMOS I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII, IX, X, XI, XII, XIII, XIV, XV, XVI, XVII, XVIII, XIX, XX, XXI, XXII, XXIII, XXIV, XXV, XXVI, XXVII, XXVIII, XXIX, XXX.

EN PRENSA :

TOMO XXXI.

PRECIO DE CADA TOMO : 5 PESETAS

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA

FERRAZ, 21

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

PRADO, 24

PRECIO: 3,50 PESETAS

**RARE BOOK
COLLECTION**

**THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL**

PQ6217
.T44
v.22
no.1-18

